







DGCL

A.

+ 131700

c. 1196490



El propietario de la casa de libros  
del comercio de libros de Valencia

**JUANA Y ENRIQUE,**

Reyes de Castilla.

---

Se halla en un número de libros, en el número 63 y 64, frente  
al Mercado.

Es propiedad de la casa de MOMPIÉ,  
del comercio de libros de Valencia.

LIBRERIA Y AGENCIA

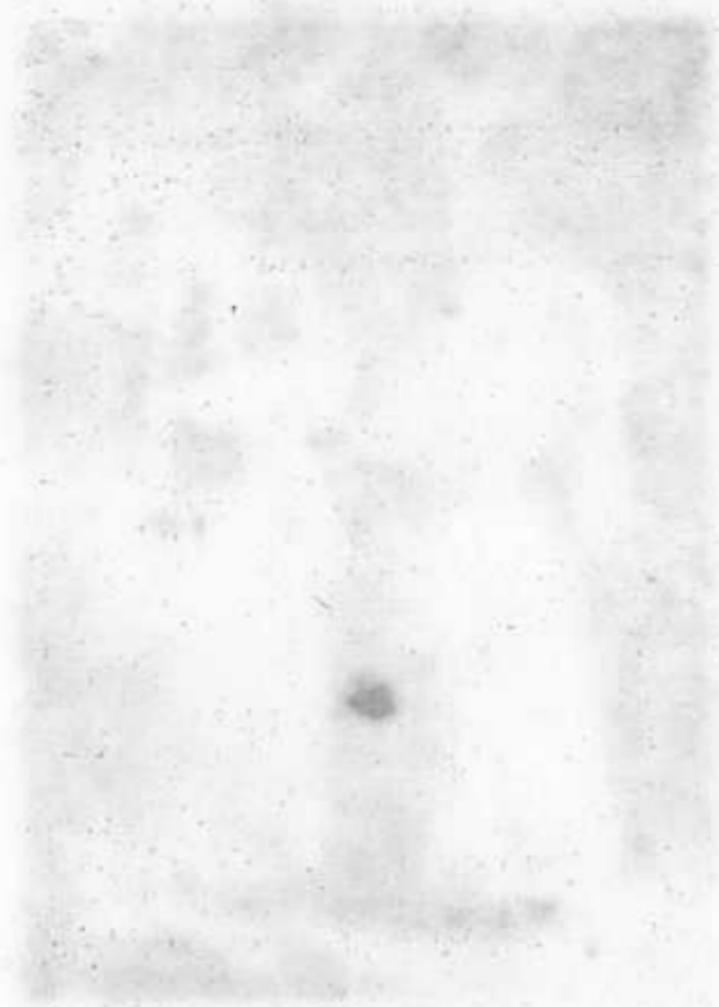
de San Fernando

---

*Se hallará en su misma librería, calle nueva  
de San-Fernando, números 63 y 64, junto  
al Mercado.*



R. 121149





Pl. 33. 33. lo d.

Pl. 33. 33. lo g.

*Las dos rivales levantaronse subito  
los velos.*

*pag. 42.*

JUANA Y ENRIQUE  
REYES DE CASTILLA

*Moneta Historica Original*

*Por Estanislao de Cosca Vayó.*



VALENCIA

Libreria de Mompie. 1835.

*Enchiridion. Blotter. scul.*





## *A mis Lectores.*



*Despues de haber pintado las  
floridas llanuras del Túria en  
La Conquista de Valencia por el  
Cid, debia variar el lugar de la  
escena, trasladando á mis lecto-  
res á las elevadas cumbres de los  
montes de Cuenca y á las aurife-*

*ras arenas del cristalino Tajo. Porque al resolverme á escribir una coleccion de novelas históricas de España que representasen los principales hechos y costumbres de la nacion en distintos siglos, no olvidé que al mismo tiempo era mi deber describir este pais encantador, que por su fertilidad, hermosura y riquezas fue el blanco de la ambicion de Cartago, Roma, África y Francia.*

*En cuanto á la presente novela he seguido fielmente la verdad de la historia, no solo al trazar los caracteres, sino tambien en los acontecimientos: y una sola vez he faltado á la cronología. Porque doña Blanca de Navarra fue envenenada en 1462, y la procla-*

*macion del Infante don Alonso en el cadalso levantado cerca de los muros de Ávila se verificó en 1465, es decir, tres años después, y no algún tiempo antes como yo supongo. Quien se detenga á leer las crónicas de este reinado y la obra del Padre Mariana, conocerá que lejos de afear á los personajes que aquí figuran, he procurado hermosearlos y disculpar en cierto modo sus yerros, que tanto encarece la elocuente pluma del sabio jesuita.*

*En el Cid presenté un cuadro de la verdadera felicidad conyugal rodeada de las virtudes domésticas y sociales: este es el reverso de la medalla: es el retrato de los amargos pesares y punzan-*

*tes dolores que siguen al rompimiento del mas sagrado de los vinculos y al olvido de la fe jurada. En aquella novela descuella un amigo verdadero del Rey calumniado por los palaciegos; en esta, un ministro ambicioso y con los talentos necesarios para seducir y fascinar al desgraciado Monarca que le confia las riendas del gobierno.*

*Pero ¿quién al leer los infortunios de la virtuosa y bella Princesa de Navarra no verterá lágrimas por su funesta suerte? ¿Quién no amará en Isabel, la Reina Católica, un modelo tan puro de amistad y desprendimiento? ¡Ah! ¡felices de los pueblos cuando la virtud se encumbra al Solio!*

**Capítulo Primero.**

**LAS DOS RIVALES.**



**SALIA** el sol de las brillantes ondas del mar pálido y amarillento como si anunciara una próxima tempestad. Doraban débilmente sus rayos las verdes cumbres de los montes de Cuenca, reflejando su

trémula vislumbre en los plateados cristales de las resonantes vertientes y espumosas cascadas. El selvático olor del tomillo, del romero y del espliego, cuyas hojas salpicadas por la espuma de las aguas líquidas perlas parecían, confundíase con la fragancia del azar, del aroma y del don Juan de noche.

Nunca la imaginacion del hombre ideó un cuadro mas bello y variado. El color opaco de la lumbré del dia, las nubes matizadas de púrpura y oro, y caminando delante del aurífero astro impelidas por el viento; los claros oscuros de las colinas en cuyas faldas dominaban aun las sombras; el estruendo de las aguas y la música armoniosa de las aves que á ban-

dadas saludaban al sol, todo despertaba en el ánimo sublimes pensamientos. Levantábanse desgajados peñascos unos sobre otros en forma de caprichosas pirámides de inmensa elevacion; y en la punta mas empinada de las rocas que casi robaban á la vista dos blancas nubes menos altas que ella, ostentábase el soberbio rey de las selvas. Con los pies doblados, el cuerpo descansando sobre ellos, las manos encorvadas, y la cabeza erguida y coronada con las sutiles hastas, en las que habíase por acaso enredado una rama de arrayan, ufanábase en cierto modo de ver el mundo y las nubes bajo de sus plantas. Dos cristalinas fuentes, que de esta altísima peña na-

eian por opuestos lados, y se dejaban arrastrar por encima del musgo al prado, daban una posición simétrica al hermoso ciervo colocado en medio de ellas como si descansára de sus fatigas. Las nubes condensándose semiocultaban la vista del recostado animal: y solo á la luz de cada relámpago traslucíase su figura entre celages y como si fuera una sombra refractada en el sùtil vapor.

¿Por qué al plácido resonar del dulce salterio no he de entonar las alabanzas de los valles y de las colinas, como salieron un tiempo de los melífluos labios de Osian? Las obras magníficas de la naturaleza inflaman la imaginacion del trovador, y encienden su mente

con levantadas ideas: contempla al sol rayando la altura de los montes; los variados tintes de verdura que matizan sus faldas; los ricos mármoles que en ellos se elevan: alza la cubierta que encubre las ricas minas de oro, de plata y de hierro: vélas hervir en su abismo, crecer, multiplicarse; y á tan grandioso y sorprendente espectáculo prorumpe en himnos de entusiasmo al Soberano Autor de mares y tierra.

Mas ¡ay! no es dada tanta sublimidad á mi humilde lira: cantemos á los hombres: estremézcase el impío al oír sus delitos patentes al orbe: y regocíjese el justo al sentirse libre de los remordimientos, de las pálidas sospechas

y de las espinas del dolor. Penetremos, ó lira mia, en el aureo alcazar de los señores del mundo: descorra la historia el velo de su vida privada, y revelemos las virtudes de unos y los crímenes de otros. Y vosotras, lindas doncellas de mi patria, vosotras que sentadas sobre el cespéd en una selva de jazmines y violetas, y á la escasa luz de la naciente luna, recordais los peligros que corrió vuestra inocencia perseguida por el poder, del mismo modo que el anciano guerrero tendido bajo un laurel trae á su memoria las hazañas de su florido abril; vosotras á quienes no se ocultan los misterios y los secretos de las bellezas; vosotras que conoceis todo el

valor de la resistencia, venid, y  
anunciad al orbe que la virtud sola  
es feliz.

Junto á la altísima peña hollada  
por el ciervo nace la célebre fuente  
del rio Tajo que tendiéndose por  
las vecinas rocas despéñase, y prin-  
cipia á correr por entre arenas de  
oro. Pomposos nogales de dilata-  
dos brazos y entretejidas ramas  
crecen en torno del rico manan-  
tial: y es fama que á la fresca  
sombra del mas lozano de estos  
árboles descansó un dia fatigado  
de combatir por la dulce libertad  
de España, y cubierto de sudor y  
de polvo el inmortal Rodrigo de  
Vivar; y que quitándose el casco,  
lo llenó de agua y apagó la insa-  
ciable sed. ¡Qué recuerdos! Detié-

nese el viagero á contemplar el venerable nogal, y tal vez suspira y alza los ojos al cielo pidiendo otro Cid que ponga término á los infortunios de su patria.

En este placentero sitio, y en la mañana misma, hallábanse gozando del deliciosísimo nacimiento del día, en el siglo xv, la Soberana de Castilla, DOÑA JUANA de Portugal, segunda muger de ENRIQUE IV, y el favorito de este Monarca, don Juan Pacheco, Marques de los Valles (1). Miraba la Reina al ligero ciervo en la graciosa actitud en que estaba, mientras los señores de su servidumbre esparcidos por el

1 El lector hallará en la historia el verdadero título de este personage histórico.

monte egercitábanse en el bélico egercicio de la caza. Situados en diversas peñas unas mas elevadas que otras, y todos á la vista de su Magestad, aparecian en una especie de gradacion haciendo alarde de su destreza y ardorosa pujanza. Para completar este animado cuadro, oíase subir por la montaña un coro de lindísimas pastoras de las cabañas inmediatas, que habiendo descubierto á la Reina venian con tímida y vacilante planta á poner á sus pies ramos de fragrantes flores.

El Marques de los Valles frunciendo las cejas, arrugando la lívida frente, y fijando los ojos ya en el cielo ya en las pastoras, parecia agitado por sus reflexiones.

Revolvía en su mente los ambiciosos planes que trazara el osado ministro para apoderarse quizás un tiempo del solio de Castilla: y dominado por esta idea arrojaba de cuando en cuando una mirada á su hija doña Beatriz, que unida á otras cortesanas, triscaba con bulliciosa alegría por junto al derumbamiento de una vertiente. Ligeras como el céfiro y lindas como el capullo interior de la rosa semejaban á las ninfas de Diana cuando acompañaban á esta Diosa vagando en busca de su caro Eudimion.

Sentóse la Reina doña Juana en la desnuda piedra del manantial al que principiaba á dorar un rayo del sol abriéndose paso por

entre las nubes, y despues de un momento de silencio durante el cual paseó la vista por todas partes, exclamó: = Envidio la dicha de ese ciervo á quien nadie disputa su elevacion; y la inocencia de esas pastoras cuya pureza no empañan las zozobras ni los recelos.

= Felices ellos, Señora, y desgraciados de nosotros, respondió el Marques. El nebuloso cielo que vemos no amenaza tan de cerca nuestras cabezas, como las tempestuosas revueltas que se levantan en Castilla. Si mis labios....

= Nada me ocultes, le dijo doña Juana: ninguno nos escucha, y estoy impaciente por oírte.

= Señora, antes de descorrer el velo que encubre mis pensamien-

tos, debo traer á la memoria de vuestra Magestad algunos sucesos. Vuestra Magestad no debe haber olvidado el celo y el sincero cariño con que persuadí al Rey Enrique á que repudiára á doña Blanca de Navarra antes de subir al trono, y levantára á la cumbre del poder á vuestra Magestad dándoos la mano de esposo. En la sutileza de mis negociaciones estrelláronse los escrúpulos de la Côte romana; y el Pontífice Nicolao aprobó el divorcio coronando por último nuestras esperanzas. Mi corazon palpité de gozo al ver en vuestras hermosas manos el centro de Castilla, y al contemplar vuestra cabeza adornada con la Real diadema cuyos diamantes per-

dieron su brillo ofuscado por el sobrehumano esplendor de vuestros ojos. Complacíame entonces con el dulce convencimiento de haberlo podido todo: ¡y ahora! Mis labios temen abrirse para anunciar á vuestra Magestad....

=Te estoy muy agradecida, Marques, respondió Juana: y si deseas conservar en mi alma ese agradecimiento, sácame de la suspensión en que me tienes. ¿Me amenaza algún peligro?

=Señora, sí, gritó el astuto cortesano exhalando un suspiro. ¿En qué ocasion la hermosura no despierta la envidia y pone en movimiento las sierpes que cercan su cuna? Doña Blanca, esa rival que ocupó un dia el ebúrneo lecho de

vuestro esposo trama una negra y horrorosa conspiracion en secreto: á su voz sublévanse los pueblos, y van á emplearse el puñal y el veneno contra la preciosa vida....

= ¡Dios mio! exclamó Juana: ¿Cómo evitaré la muerte que me amenaza? ¿Y nada has descubierto del paradero de doña Blanca? ¿No es cierto que se ha retirado por último á un convento?

= Vanas ilusiones, dijo meneando la cabeza el Marques de los Valles. Señora, debo abrir mi corazon: mientras no perezca esa odiosa Princesa, corremos los mayores peligros. El carro de su belleza arrastra tras sí á los grandes de Castilla, del mismo modo que el lucero de la tarde corriendo á

ocaso lleva en pos suyo las estrellas de la noche.

= ¿Tan hermosa es? preguntó con las mejillas inflamadas la Reina. Nunca la he visto.

= La fama le quema perennes inciensos, soberana Señora: pero sus encantos, si lo son dos ojos negros, una blanquísima tez de azucena, y unos labios de rubí, al lado de los vuestros vienen á ser como la luz artificial comparada con los purísimos rayos del sol. ¡ Hermosa! Y aunque lo fuese, ¿ á qué ingenio y á qué belleza no eclipsan la belleza y el ingenio de vuestra Magestad?

Los elogios de doña Blanca en los labios del pérfido cortesano eran otros tantos áspides con que

ansiaba despedazar el corazón de la orgullosa Juana: y atizando así el odio entre las dos Princesas, preparaba el trágico fin de la de Navarra. Los hechizos de la desgraciada Blanca, á quien podíanse con razón aplicar aquel verso.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Encendieron un fuego impuro en el pecho del Marques de los Valles, quien tuvo atrevimiento de declarar su nefanda pasión á la esposa de su Soberano. Pero el alma de la hermosa Princesa era inocente como el instinto de la paloma, y firme como la cumbre del Atlas: y desplegó con tanta energía sus cándidas virtudes, que rabioso y despechado el favorito

de Enrique, juró vengar su amor y arruinar á Blanca. El inconstante Rey de Castilla á quien cansaban ya sin duda los halagos de su consorte, seducido por el Marques, repudió á la Princesa de Navarra, y contrajo segundas nupcias con la Reina doña Juana, para escándalo del mundo cristiano. Mas el furor y los celos que atormentaban á don Juan Pacheco no habian quedado satisfechos con esta venganza: abrasábale la sed de sangre inocente, y á este blanco asestaba sus tiros.

Cuando vió las pasiones retratadas en el rostro de la Reina, siguió diciendo: = ¡Tristes de los reyes cuando no descargan el acero que empuñan sobre sus enemigos!

Próximo á reventar á los pies del trono de Castilla un volcan, brama sordamente y amenaza tragarlo todo en su abismo: pero si un veneno corta los dias de Blanca, si la tumba se abre y desaparece de la escena, yertos los grandes de la Córte y aterrados sus amigos irán á sepultar en las cavernas sus crímenes. Hay secretos funestos en los palacios: la indecision es el enemigo del poder; y... ó herir, ó ser heridos.

—¿Y he de bañarme ya en sangre, exclamó la triste Reina, en la última grada del solio? Espérate: quiero espiar la voluntad de Enrique.... y Blanca perecerá: entretanto te prohibo hablarme de este negocio.

Así diciendo, levantóse Juana de su asiento, y descendiendo por el monte se reunió á su servidumbre para dar principio á la caza, cuyo pasatiempo la detenia en Cuenca aquella primavera, mientras su esposo se cubria de laureles en las aromosas vegas de Granada. La tormenta atronaba los valles: encendia las negras nubes el flamígero rayo, y el trueno aterrador resonaba ronca y desapaciblemente aumentando su estruendo por aquellos peñascos, cuyo horrísono eco complacíase en hacerlo duradero. La Reina doña Juana estremecida con tan imponente espectáculo manifestó deseos de refugiarse en el mas inmediato edificio. Porque ya la lluvia cayendo

abundantemente resonaba sobre las ramas de los árboles, y unido su ruido al derrumbamiento de las cascadas y de las vertientes, al estrépito de los truenos y á los silbidos del viento componia aquella armonía natural y deliciosa, de la que el divino arte de la música aprendió sus combinaciones sublimes. = El edificio mas cercano al punto donde nos hallamos, contestó el Marques, es un convento de religiosas. = Y habiendo dado orden para dirigirse á este sagrado asilo, partieron aceleradamente los guardias y la real servidumbre en pos de su Soberana.

Montada en un soberbio palafren la Reina de Castilla, y cercada de solícitos cortesanos que

cifraban su felicidad en adivinar y prevenir el menor de sus deseos, ostentábase como el astro de la noche cercado de relucientes estrellas. Cubria su cabeza una hermosísima diadema de brillantes que hacia resaltar el ébano de sus luengas crenchas que divididas en sueltos y anchurosos rizos contornaban su cuello de marfil: ceñia su cuerpo una especie de túnica muy corta de púrpura sujetada con un ceñidor de seda de color de amaranto, en cuyo fondo veíase al amor quitándose la venda y apagando la antorcha en un bosque de jazmines, bordado todo con hebras de finísima plata. Asia su Magestad las riendas de oro de la hacanea con gentil gracia: y aun-

que en su rostro cubierto con un velo no resplandeciesen la hermosura, ni aquel no sé qué mágico que es el imán de las beldades, cautivaba sin embargo la admiración de los que tenían la dicha de acercarse á su Real persona. Algo apartado de doña Juana y oprimiendo los lomos de un caballo árabe ligero como el viento, venia en compañía de su hija doña Beatriz el Marques de los Valles, con la frente inclinada y los ojos encendidos, atormentado por los remordimientos de su alma. Ni en sus acicalados vigotes, ni en su peinada barba aromatizada con fragrantés aceites se descubrian canas: parecia hacer alarde todavía de su primera juventud; aun-

que frisaba con los cincuenta años: y si el fuego del ingenio inflamaba sus ojos, la sombría inquietud que agitaba su rostro declaraba las zozobras, la ambicion y los crímenes que cercaban el corazon del orgulloso ministro. Los Condes de Alba y de Trebiño seguian á estos personajes mirando con torvo ceño al Marques: y una multitud de cortesanos y cortesanas consagrados al servicio de la Reina cerraban la marcha interpolados con los numerosos paladines de la guardia real, que con el acero desnudo corrian detras y delante de su Magestad, anunciando por todas partes que se acercaba la Soberana de Castilla.

A la falda de una verdosa coli-

na, y por encima de las copas de una alameda de bellísimos álamos, descubriáanse el campanario y la cúpula de un humilde monasterio dominando aquellos frondosos sotos, que dilatándose hácia oriente, cercados siempre de elevadísimos montes ofrecian á la vista bosques de encinas y avellanos mezclados con pinos y antiquísimos robles. Las aguas que se despeñaban de las empinadas cumbres parecian miradas desde el monasterio y al traves de los claros que dejaban los troncos de los árboles, unas sutiles madejas de brillante plata, que dividiéndose despues en imperceptibles hilos, orlaban los tapetes de florecientes plantas que alfombraban el llano. La mas cercana

cascada que para precipitarse de la montaña tenía que saltar por encima del altísimo pico de una elevada roca, engañando á los ojos que creían verla manar del aire, caía desecha en rabiosa espuma sobre pomposas matas de espliego figurando una lluvia de brillantes perlas, hasta que reunidas mas abajo sus gotas, bajaba plácidamente á los bosques.

— Aquí se elevaba entonces el sacrosanto monasterio de que hablamos, asilo de cándidas vírgenes que renunciaban la pompa mundanal y sus deslumbrantes y vanos atractivos. Previno su Magestad á los señores de su servidumbre que no anunciaran su llegada para sorprender agradablemente á las mon-

jas; y apeándose de la hacanea fijó su planta en el templo del Soberano Autor de la naturaleza. Era la hora en que entonaban las alabanzas del Todopoderoso: y descubriáanse al frente del coro seis hermosísimas doncellas vestidas con sus blancos hábitos, y cada una con su arpa en la mano, preludiando magníficas y dulces sonatas. En medio de ellas sobresalía una jóven sin los hábitos del convento, con las rodillas dobladas y las palmas levantadas, como si implorase el favor del cielo: ceñía su augusta frente una riquísima diadema de brillantes que prendían el velo levantado entonces para descubrir en su lleno el sol de la hermosura: y un lindo trage

de seda de Persia dejaba ver su esbelto talle y sus graciosos contornos. En su purísimo rostro fresco como el crepúsculo de julio, y sereno como el mar al rielar el día; en sus resplandecientes ojos, bellos como los primeros rayos del sol, y halagüeños como la luna llena en cielo despejado; en su religiosa actitud; y en el fervoroso entusiasmo que la enagenaba, traslucíase alguna cosa celestial y superior á las debilidades humanas: parecía un serafin descendido del Olimpo, ó el genio de la virtud encumbrado á las nubes, y cercado de ángeles que al són de las árpas celebraban sus triunfos.

La soledad del templo, la tempestuosa atmósfera vista desde allí

por las ventanas del santuario, las dulces voces de las doncellas y el blando sonido de las arpas causaron una profunda impresion en el ánimo agitado de Juana. Ordenó que nadie la siguiese, y saliendo al anchuroso claustro que rodeaba un huerto plantado de verdes frutales, donde competian la grana-da, el melocoton y el cerezo con las encinas y castaños, detúvose á admirar la limpieza, el aseo y la perfeccion que se descubrian por todas partes. Subió en seguida una anchurosa escalera de mármol con barandas de bronce, y recorrió acompañada de la Abadesa, á quien se habia descubierto su Magestad, aquellas celdas sencillas y admirables donde nada se echaba

de menos, ni de sobra. Un dorado crucifijo colocado sobre robusta mesa de nogal, cuatro sillas del mismo árbol con asiento de damasco carmesí, un lecho humilde y una sencilla alacena practicada en la pared, y en la que á mas de cien curiosas y variadas labores, veíanse algunos libros de devoción, componian el lujo y la magnificencia de los aposentos destinados á las virtuosas vírgenes. Todas tenian una escalera de dos ramales que bajaba al huerto del claustro; y lo dividia en otros tantos vergeles que cultivaban las vírgenes del Señor en las horas de recreo compitiéndose en criar raras y apreciables flores.

Despues que doña Juana visitó

el santuario envidiando la paz y la dicha de las que en él habitaban, atravesó el locutorio cuyas paredes estaban llenas de bellas y preciosas pinturas. Habian corrido las cortinas de las ventanas, y alumbraba la estancia una escasa luz que apenas permitia distinguir con claridad las mas diestras pinceladas de aquellos cuadros. Al pasar la Reina de una parte á otra del locutorio con direccion al coro, presentóse á su vista la linda jóven de la diadema con el largo velo caido hasta los pies, la que dió un paso atras al descubrir á doña Juana, exclamando al propio tiempo: «¡Ay de mí!»

La Soberana de Castilla que la habia contemplado en el coro al

entrar en el templo con cierta mezcla de curiosidad y de interes llevaba tambien el rostro cubierto con el velo; pero examinando detenidamente á la que habia prorumpido en semejante exclamacion, reconocióla, y tomándole cariñosamente la mano, le preguntó con dulzura. = ¿Quién eres, preciosa jóven?

= Una víctima del poder, respondió la desconocida: una infeliz que nació al vislumbrar en el cielo la tempestuosa luna de setiembre: una triste que poseía un tesoro y se lo han arrebatado.

= ¡Pobre criatura! dijo la Reina enternecida: tan jóven y ya paga tributo al infortunio. Me conmueven tus penas, bella desconocida,

y deseo que me las declares para ponerles término: yo haré que te devuelvan ese tesoro cuya pérdida lamentas.

=; Que me devuelvan mi tesoro! repitió con prontitud la desconocida. Sola vos en el mundo podiais, Señora.... Pero no, siguió diciendo despues de una breve pausa: cuando en un corazon se apaga el amor, no hay en el mundo fuerza para volver á encenderlo: podiais restituirme otros bienes, mas lo que mas lágrimas me arranca, el cariño de un amante, eso no. ¡Cuán débil es vuestro poder, Reina de Castilla; pues no se estiende á trocar las voluntades.

= ¿Con que causa tus pesares el amor? interrogóla doña Juana.

Misteriosa muger, refiéreme tus desgracias: siento en mi alma una compasion, un interes que no me habia inspirado hasta hoy persona alguna de mi sexo.

=Gracias, Señora, contestó la desconocida: no tardará á trocarse vuestra ternura en odio. ¿Por qué quereis en la cumbre del poderío escuchar los ayes del desdichado? Allí solo han de llegar los cánticos de lisongeros trovadores, y los himnos de fragantes inciensos: harto tiempo tendreis quizás que llorar, si la inconstante fortuna os hace su juguete. Mi historia entristece: y créame vuestra Magestad, no sonará dulcemente en sus oidos.

=¿Será posible, exclamó doña Juana, que acibáre tu ventura

algun crimen cuando apenas has fijado tus pies en el lindar de la vida?

=No lo crea vuestra Magestad, la interrumpió la jóven: la inocencia es el consuelo de mis penas: y como en medio del infortunio ni una zozobra, ni un recuerdo criminal turban mi alma, soy feliz, porque estoy tranquila. Vuestra sospecha debe romper el candado que cerraba mis labios: y aunque siento ser causa de las ajenas inquietudes, voy á interrumpir el reposo de vuestro corazón. =Mi ebúrnea cuna rodó por encima de orientales alfombras y bajo artesones dorados: era yo la delicia de mis padres y el orgullo de mi familia. Un amante

á quien profesaba el mas tierno cariño condújome al altar; y al recibir mis juramentos me ciñó la corona real de Castilla....

= ¡Cielos! gritó la Reina: ved aquí mi rival; Blanca de Navarra.= Siguióse un momento de elocuente silencio, durante el cual ambas Princesas con las cabezas inclinadas al suelo parecian pensativas y agitadas. La cólera y el despecho inflamaban á doña Juana, aunque su refinada política la obligó bien pronto á recurrir á sus artificios y ficciones: la generosa Blanca tembló por el contrario al observar la agitación que su presencia producía, y tímida y modesta como lo es siempre la virtud, aguardó con resignacion los

efectos del odio que le manifestaba doña Juana. Esta fingiéndose serena y satisfecha procuró recobrar un tono afectuoso, aunque mezclado de cierta arrogancia, y acompañándolo con maligna sonrisa que el velo no dejó ver, dijo á doña Blanca despues de haberle dirigido una cortesía ceremoniosa. = Guarde Dios á vuestra Alteza, Princesa de Navarra.

= Y á vuestra Magestad tambien, Reina de Castilla, contestó aquella correspondiendo con una graciosa inclinacion de cabeza.

= Apenas me atrevo á dar crédito á mis oidos, añadió doña Juana: en la Córte os reputan cercada de valientes paladines, sentada en triunfal carroza dirigiendo las

riendas de los caballos hácia Castilla á disputarme en la liza la corona que ciño. Y en vez de una amazona encuentro una temerosa monja que lejos del bullicio consagra al Señor sus dias pacíficos y puros. ¿A quién deberé creer, Princesa de Navarra?

= A vuestros ojos, respondió doña Blanca. Si el esplendor del trono me deslumbra, ¿no soy la heredera del Rey de Navarra despues de la desgraciada muerte de mi hermano el Príncipe de Viana? El cetro es un grillo de oro que detesto: huyen á su vista los inocentes goces que la naturaleza concede á los demas hombres: el temor, los recelos y la vil ponzoña de la desconfianza forman sus es-

labones, y harto he probado cuán amargas son las heces de la dulce copa del poder. Vuestra Magestad ha paladeado todavía sus primeras gotas: y, ¡ojalá sea una ilusión! al apurarla verterá lágrimas de sangre. En cuanto á mí, si el infernal y vengativo ministro que me persigue ha decretado en su mente hundirme en la tumba, y para eso sigue inventando calumnias, dispuesta estoy; caiga sobre mí el último golpe.

—Si vuestra Alteza pudiera darme pruebas de que son sinceras sus palabras, dijo con alegría doña Juana, inútiles serian los esfuerzos de algunos para armar el vengativo brazo del Rey Enrique. Pero si por todos los ángulos de

Castilla resuena vuestro nombre como señal de traicion, y la discordia enciende sus hogueras para presidir á la lucha que va á principiar, ¿cómo puedo creerlos inocente?

= ¿Y qué direis, respondió prontamente doña Blanca, cuando sepais que todo lo tengo dispuesto para vestir dentro de tres dias los hábitos de este monasterio? Os hablo quizás por última vez: el Solio de Castilla es despreciable á mis ojos sin el corazon del Rey, y en el corazon de Enrique mora la imágen de su nueva esposa. Dichosa muger, gozaos en sus caricias; hacedle venturoso; dadle hijos que lo amen: y que la lengua de la víbora no emplee nunca su

veneno contra vos. Adios, Reina doña Juana: dejadme á los pies de un Padre piadoso espiar mis culpas, y vivir tranquila y olvidada del pérfido mundo y de sus engañadores hijos. Quizás alguna vez los recuerdos del hombre que fue mi esposo no acibararán tan cruelmente mi reposo: nada temais de Blanca; envilecida, repudiada y aborrecida aspira solo al amor del Padre celestial que ve su inocencia, y no la abandonará. Recibid de mis manos esta diadema que ya no conviene á mis sienes, y conservadla en memoria de la amistad que siempre os profesaré.

La Princesa de Navarra se quitó su diadema de hermosos brillantes, y poniéndola en manos de

doña Juana, abrazóla cariñosamente cual si fuera la mas amada de sus amigas. No pudiendo la Reina resistir á estas demostraciones, llenóla de caricias y colgóse tambien de sus brazos con una ternura de que casi parecia incapaz su fiero y orgulloso pecho. Permanecieron las Princesas largo tiempo estrechadas hasta que desprendiéndose doña Blanca dijo: Adios, cariñosa Señora: permitid que me retire.

= ¿Sin concederme una gracia? preguntó doña Juana. La fama de vuestra hermosura, Princesa, en el último cielo de la alabanza: y os pido que os levanteis el velo para poder juzgar por mí propia de sus quilates.

= Son pocos, respondió suspirando doña Blanca: porque si algo valieran, hubiéralos tenido en precio el Rey Enrique. Pero si me otorgais igual favor, no dudaré cumplir vuestro deseo.

= Con mucho gusto, la interrumpió doña Juana.

Estas dos célebres rivales que tan funestas eran la una á la otra levantáronse súbito los velos, y descubrieron los atractivos de su rostro á la opaca luz de las tapadas ventanas, cuyos escasos rayos aumentaban el prestigio de sus gracias. ¡Qué escena! Contemplábanse atónitas con la sonrisa en los labios: un subido carmin coloraba las mejillas de ambas: y mientras la admiracion y el ingenio candor

animaban las miradas de la Princesa de Navarra, encendia la envidia los ojos de la Reina. Al observar el incentivo, el irresistible iman de las purísimas y delicadas facciones de su rival; al sentirse ella misma colgada de la dulzura de su elocuencia, y de la ternura y generosidad de su corazon, asaltóle el pensamiento de que no podia menos el Rey su esposo de conservarla amor: y los celos, la mas vehemente de las pasiones, despertaron el odio contra la desventurada y destronada Princesa.

=Adios, Blanca, gritó la Reina: sois muy hermosa; y para que parta satisfecha de vos, necesito que me renoveis vuestra palabra de consagraros al Señor.

—La renuevo con toda mi alma, respondió la de Navarra: aunque no merezco esos elogios donde se halla vuestra Magestad.

La Reina tornó á abrazarla aunque no con tanto cariño; y salió del locutorio mas conmovida de lo que habia entrado: volvió aun la cabeza á mirar á Blanca que permanecía en pie en medio del salon, y saludándola con la mano dejó caer el velo, y se reunió á su servidumbre.





## Capítulo Segundo.

# ENRIQUE IV.



SEMEJANTE á la luz que tiene la propiedad de purificar el aire de los miasmas pútridos, la presencia de la virtud disipa las pasiones ó por lo menos detiénelas en su impetuoso curso. La orgullosa Juana,

que reputaba á la Princesa de Navarra por origen y causa de las revueltas y de la discordia que se encendian en Castilla, sintióse desarmada al verla, y lejos de confundirla con su aliento, como deseára, prodigóle tiernas y amorosas caricias violentada por una fuerza desconocida.

Pero en los caracteres irascibles estas dulcísimas impresiones á que se abandona el corazon, pasan como las oleadas del riachuelo, sin dejar rastro de su existencia: desaparece el objeto que las ha producido, y tornan á inflamarse los afectos exaltados, y á turbar la calma que reinaba. Los atractivos y poderosos encantos de la destronada Princesa, de tal suerte ator-

mentaron el alma de la Reina, que al reunirse á su servidumbre para regresar á Cuenca, parecíale que aun sonaba la dulce voz de Blanca en sus oídos; que aun sus torneados brazos ceñían su cuello, y que todavía la abrasaba el irresistible fuego de sus ojos. Trémula unas veces y otra enagenada, ni podía contener el torrente de sus lágrimas, ni hallar la tranquilidad que en vano apetecía.

Contemplábala atónito el Marques de los Valles, sin atreverse á soltar pregunta alguna, que á pesar de su privanza hubiérale quizás acarreado el enojo de su Soberana; pero ésta cansada de luchar consigo misma, refirió fielmente al cortesano la escena del locutorio. El

descubrimiento del paradero de doña Blanca causó al Marques una alegría infernal; pero lejos de manifestarla á su Magestad, procuró por el contrario convencer á doña Juana que debia tranquilizarse, y aguardar que la Princesa vistiese los hábitos del convento, en cuyo caso cesarian el derramamiento de sangre y los peligros de perder el trono. Ansiaba el pérfido ser el árbitro de la suerte de la desgraciada Blanca, y ejecutar el sangriento proyecto que en el delirio de su impura pasion trazára con osada mano.

Habia salido ya de las plateadas aguas del mar el lucero vespertino, y los últimos rayos del crepúsculo alumbraban débilmente la humil-

de celda de la que un tiempo ocupó el tálamo real de Castilla, cuando las santas vírgenes del monasterio al son de la campana se reunian otra vez en el coro á celebrar con suave armonía los triunfos del Dios de Israel. Mas no brillaba entre ellas la Princesa de Navarra; entregada á sus tristes pensamientos preparábase para pronunciar en los dias siguientes el terrible voto que rompería sus lazos con el mundo, y parece que destinaba aquellos momentos á despedirse para siempre de los objetos profanos. Sentada en medio de la celda, sosteniendo la mejilla con la diestra, y con los ojos fijos en el suelo, recordaba la dulce agitacion con que en tiempos mas felices juró á En-

rique amor y fidelidad al pie de los altares. Presentábase á su mente el espectáculo de la Côte de Burgos saliendo á su encuentro, sembrando de flores el camino por donde habia de pasar, entapizando las calles, exhalando pomos de olor al descubrir la soberbia carroza, y atropellándose por distinguir su rostro al compás de entusiasmadas aclamaciones. Y ahora... ¡ó fortuna, cómo te burlas de los hombres y de su quimérica grandeza!

= Poco me importaria, dijo entre sí, que aquella magnificencia y esplendor se hubieran tornado polvo y humo, porque humo y polvo son las obras del hombre; con tal que me quedára el cariño

de Enrique, de mi adorado esposo. En una choza de simples cañas, bajo el cielo raso y en mi lecho de rocas, seria yo feliz si le viera á mi lado contento y amoroso. ¡O esposo mio! pues todavía sin ofender al cielo puedo darte este nombre, ¿eres mas dichoso con tu nueva compañera? ¿Alégrate mas su belleza, saben sus acentos hacerse mas halagüenos á tu oido, amarte mas su corazon? Pobre Blanca, otra muger llena el lugar que tú ocupabas, recibe los cariños que tú recibias, y.... tú has muerto: no saldrás ya del sepulcro que te aguarda.

Al decir esto sonó un ruido á su espalda, y temblando volvió la cabeza á mirar quién era; nada vió:

las tinieblas de la noche habíanse apoderado de la celda, y no era posible percibir los objetos. Parecióle que cruzaba una sombra por el corredor del claustro, y que á paso lento se acercaba á la puerta de la estancia: púsose en pie, y con acento desmayado preguntó quién á tales horas andaba por allí. «Un desgraciado, contestó voz inteligible y robusta.»

= ¡Cielos, es un hombre, repitió Blanca! ¡Infeliz, cómo habeis osado romper la clausura y cargar con el peso de una escomunion? Salid al punto de este monasterio, y no me obligueis á tocar la campana, en cuyo caso os seria difícil escapar de la espada de las leyes.

= Tu voz no me es desconocida,

respondió acercándose la sombra: óyeme antes de moverte, y nada temas de mí.

= Por la Virgen Santísima os pido, gritó la Princesa, que no deis un paso mas hácia mí, y que me digais quién sois, pues he oido otras veces vuestro acento, y no sé dónde.

= ¿Eres la abadesa de este monasterio? Solamente de ella me atreveré á fiarme, dijo el incógnito.

= No soy la Abadesa, contestó doña Blanca; pero mi nacimiento me dá derecho á vuestra confianza, cualquiera que seais.

= ¿Eres noble? preguntó el desconocido.

= Noble soy, respondió la de Navarra.

=Entonces no dudo poner en tus manos mi vida. Soy Enrique, Rey de Castilla, que partí en la primera aurora de abril á los vergeles de Granada á declarar la guerra á los infieles hijos de Ismael: y cuando cubierto de laureles me acercaba á aquella hermosa ciudad, hase sublevado mi ejército bajo el pretesto de mi divorcio, proclamando por Rey á mi hermano Alonso y á mi primera esposa Blanca de Navarra. Seguido de unos cuantos paladines que permanecieron fieles regresaba á mi Côte: y sabiendo que la Reina estaba á la sazón en Cuenca corria á reunirme con ella, cuando al anochecer los que me acompañaban hanme abandonado, y reu-

nídose á las partidas de revoltosos que coronan estos montes, proclamando tambien á mi hermano. Solo y acosado por algunos de ellos que querian hacerme prisionero, me he visto obligado á saltar las paredes de ese huerto con peligro de perecer en él. ¿Y tú quién eres, santa monja? añadió su Magestad.

= Una jóven de ilustre cuna que no encontrando la paz en el mundo, ha venido á buscarla á este sagrado asilo, y está próxima á vestir el velo del monasterio.

= ¿Y cómo te llamas?

= Blanca del corazón de Jesus me llamarán mañana.

El Rey suspiró al oír esta respuesta, y despues de un buen silencio exclamó. = ¡Cuánto me com-

placia en repetir ese nombre en otro tiempo, y cuánto alegraba mi corazón! Desde que me separé de una persona que se llamaba como tú, preside á mis acciones el genio del infortunio; el gozo ha abandonado mi alma; y la sonrisa no entreabre mis labios. ¡Feliz tú que lejos de las pasiones vas á vivir tranquila y libre de las mudanzas de la fortuna!

—¡Ay Señor, contestó la Princesa: no nacen rosas sin espinas, y raras son las delicias que no se compran con dolores! Hace pocas horas que ha pasado por aquí la Princesa de Navarra, y hase impreso tan fuertemente en mi corazón su desgracia, que, ¡quién sabe! pero no volveré á estar alegre: y

á no ser por no parecer inconstante, hubiérala seguido á todas partes y enjugado sus lágrimas con amorosa solicitud.

= ¡Cómo, preguntó Enrique! ¿Has visto y hablado á la Princesa de Navarra? ¿Y no sabes dónde se dirigia?

= Aléjase, Señor, de Castilla para que cese la guerra que se ha encendido: odia el solio que los grandes le ofrecen, y los incita á la obediencia á vuestra Magestad, jurando que el mundo entero no la obligará á empuñar un cetro en desdoro del Soberano que fué esposo suyo.

= ¡Generosa muger, exclamó el Rey: mas si tanto amas á la Princesa, te negarás á auxiliarme en

mi desgracia por haber causado las de Blanca de Navarra! Y entonces yo, que contaba contigo para salir de aquí sin darme á conocer á persona alguna, caeré quizás en poder de mis enemigos.

= Me consta, Señor, que liberando á vuestra Magestad, mereceré la gratitud y el cariño de la desgraciada Princesa, respondió Blanca. No ha puesto en olvido vuestra primera esposa aquellos venturosos dias en que formaba vuestra delicia, y en que le dabais tantas pruebas del amor mas puro. Y como su corazon palpité la primera vez por vuestra Magestad, nunca, nunca se apagará el afecto que os profesa.

= ¡Inocente jóven, gritó el Rey

con tono apasionado, tú ignoras la hiel que he derramado en aquel cándido pecho! Sus dulcísimos halagos sabíanme á acíbar, y pagábalos con incesantes desprecios: ella me odiará al presente... Afrentada, repudiada por mí....

= Por vos no, Señor, contestó la Princesa. Los Monarcas que gobiernan la tierra, son muchas veces desgraciados en la eleccion de sus ministros: hombres pérfidos que debian caminar delante de los Reyes con una antorcha en la mano para mostrarles el camino de la verdad y de la justicia, cubren con triple venda los ojos del Soberano cuya confianza merecen, y abriendo precipicios á los reales pies, dejan con insultante sonrisa

que su Señor se precipite. ¡Ah! si la mayor parte de los que culpan á los gobernantes se sentáran un solo dia en el carro del poder, y experimentarían que éste se mueve tan solo á impulso de los que lo rodean, guardarían profundo silencio.

=Si he de juzgarte por la voz, dijo el Rey, me pareces de tierna edad, y tus palabras pertenecen á una anciana. Unicamente en los palacios se aprenden esas verdades: ¿quién ha podido enseñártelas?

=Acusaba yo á vuestra Magestad conmovida con la relacion de doña Blanca, y la Princesa os defendia revelándome esos misterios. ¡Si supierais con qué entusiasmo detestaba la ambicion de los que

se valen de su nombre para verter la sangre de los castellanos y proclamar la traicion! Pérfidos, decia, ¡quién les ha dicho que la pompa real y el esplendor del trono deslumbran á Blanca, cuando renuncia el solio de Navarra de que es heredera por la muerte de su hermano! ¡Me sentaria yo bajo un dosel que cubrió á Enrique, para justificar en su pecho el malhadado odio que le inspiro! Mi esposo ha podido pronunciar por amor á su gloria otros votos que le hagan mas feliz; pero la que una vez gozó sus caricias, su amante compañía y su ternura, no será ingrata á la ventura que estos bienes le produjeron.

= ¡Eso decia, preguntó el Rey!

¡Cuán lejos está de conocer el estado de mi alma! Nunca la he amado tanto como ahora....

—Permita vuestra Magestad que le imponga silencio. Dentro de estas paredes no deben proferirse palabras que no sean tan puras como la luz del sol: semejante amor es ya un insulto á la fidelidad conyugal: y vos que conoceis á la Princesa, ¿la creéis capaz de que escuchára al esposo de la Reina doña Juana amorosas declaraciones? Acaba de sonar la hora en que concluyen los cánticos divinos; y si os he de hablar el language de la verdad, no debeis contar con el amor de las vírgenes de este monasterio. Miran vuestro segundo matrimonio como un sacrilegio

prohibido por nuestra santa Religion, y esponéis vuestra sagrada persona si permanecéis aquí largo tiempo. Caminando por la falda de los montes llegará vuestra Magestad á Cuenca sin riesgo alguno, porque los parciales de vuestro hermano Alonso suelen por las noches retirarse á las vecinas aldeas. Seguidme, Señor, y os sacaré por secreta puerta al valle.

- Dirigióse al punto la Princesa por la escalera del huerto, sin dar lugar á que respondiera el Rey Enrique: y cubriéndose el rostro con el velo, quitó á su Magestad la esperanza de verla á la trémula luz de las estrellas que brillaban en un cielo despejado y sereno. El suave soplo del favonio mecia

blandamente las ramas de los árboles, mientras la cristalina fuente que nacia en medio del vergel de una desnuda peña, convidaba con su apacible murmullo á reposar sosegadamente en su florecido borde. Cuando llegaron Enrique y la Princesa á la escusada puerta que tenia comunicacion con los prados, y cuyo secreto habia confiado la Abadesa á Blanca, el Rey despues de haberla examinado con detencion, le interrogó en tono cariñoso.

=¿ Y partiré sin saber á quién debo mi libertad?

Blanca puso la llave en el cerrojo sin contestar, y cuando hubo abierto la puerta, señaló al cielo sin desplegar los labios: miróla Enrique enternecido, y colocán-

dose en el lindar dobló las rodillas diciendo.

= Encantadora jóven , Enrique de Castilla te ruega afinojado le permitas ver á quién debe su salvacion para permanecerte agradecido. He concebido sospechas que no me dejan separarme de tí sin convencerme de su certeza ó falsedad: la generosidad, las gracias y la voz de Blanca de Navarra no pueden engañarme, y rato há que mi corazon me lo predecia.

= La Princesa iba á levantarse el velo para no negar nada al Rey, y á cerrar la puerta para que no la detuviera mas tiempo; pero de repente salieron de todas partes hombres armados cubiertos los rostros con máscaras, y amenazando

con la punta del puñal los pechos de ambos Príncipes, obligáronles á caminar delante y á guardar un profundo silencio. Su Magestad puso mano á la espada para defenderse débilmente; pero habiéndole sorprendido por la espalda hicieron inútil toda resistencia. El que parecia gefe de los raptores tomó en sus brazos á Blanca, y colocándola sobre una hacanea estuvo mirándola por largo espacio, como si quisiera certificarse de que no habia andado desacertado en su eleccion.

Salía entonces la pálida luna de las saladas ondas del hinchado mar, y su trémula vislumbre apenas alcanzaba á platear las mas elevadas rocas de los montes, de-

jando en profunda oscuridad los valles y bosques. Caminando por entre apiñados árboles, unas veces bajo un toldo de jazmines y rosales, y otras bajo las anchas hojas de frondosas parras, traslucíase de cuando en cuando una cumbre iluminada, que vista desde las tinieblas parecía una region de luz pura y resplandeciente. Cuando treparon por una alta colina que habian de vencer, cuya cima alumbraban ya los rayos del astro de la noche, doña Blanca y el Rey examinaron al soslayo á sus robadores, que hasta entonces no habian desplegado los labios, y convenciéronse en su interior de que eran parciales del Infante don Alonso, y que para terminar la lucha

con mas brevedad habíanse apoderado del Soberano de Castilla.

= ¿Dónde está vuestro gefe, les preguntó la Princesa? Decidle que soy doña Blanca de Navarra, y que es injusta y tiránica la violencia con que me habeis arrebatado del pacífico retiro donde felizmente vivia. ¿Quereis que empuñe un cetro que no me pertenece, cuando mi dulce Patria que me brinda con una corona no puede conseguir de mí que ciña con ella mi cabeza? Infausto me será el amor que me profesais, si es causa de que pierda la paz y la única ventura que me quedan en la tierra.

Estas razones no merecieron respuesta de los guerreros, que sin

volver tan solo el rostro seguian el camino custodiando á los ilustres prisioneros y tratándoles con todo el respeto y ceremonia á que les hacian acreedores su elevado nacimiento y su distinguido rango. El Rey Enrique, mientras la Princesa les hablaba así, tratábalos de cobardes y traidores, pues habíanse apoderado de la persona de su Soberano alevosamente y sin ninguno de aquellos miramientos que se tienen con los caballeros que calzan espuela y ciñen espada. Cuando Enrique concluyó de hablar acercóse uno de los enmascarados y le dijo.

=Hasta que la luz de la luna y las palabras de vuestra Magestad nos han mostrado al Soberano de

Castilla, ignorábamos quién erais, y por el contrario os creíamos en Granada clavando en sus murallas el estandarte real de Castilla. Lejos de ser parciales del Infante don Alonso somos vuestros mas entusiasmados admiradores, y cualquiera de nosotros tendrá á mucha gloria el perder la vida por vuestra Magestad. En las críticas circunstancias que nos rodean hemos opinado que interesaba á vuestra salud y al bien de la Patria asegurar en castillo feudal á la Princesa de Navarra, mientras en el campo de batalla destruimos las ilusorias esperanzas de los traidores que pretenden sembrando la discordia y atizando guerra civil, sentarla en un trono de que ha

sido arrojada. En cuanto á vuestra Magestad dueño es de nuestras personas, y obedeceremos sumisos las órdenes que se digne dictarnos.

El Rey que opinaba haber caido en poder de los partidarios del Infante don Alonso cobró ánimo con esta declaracion, y observando que se hallaba casi á la vista de Cuenca, contestó que deseaba reunirse á su Córte y á su esposa doña Juana. Al nombrar á la Reina volvió el Soberano la cabeza como si temiera ofender con este nombre los oidos de la Princesa doña Blanca de Navarra; pero en vano sus ojos la buscaron por todas partes. Habíanla separado del Rey y conducídola á la otra parte del monte antes de declararse los raptores

á Enrique, y éste interesándose por la suerte de Blanca, no pudo lograr sino misteriosas respuestas que le dieron á entender que serian vanos sus esfuerzos por libertarla de los peligros que corria en poder de enemigos encarnizados y crueles. Y confiando poder ausiliarla con mas entereza desde el trono, encaminóse á Cuenca hasta cuyas puertas le acompañaron los enmascarados robadores: seguido despues de una multitud de cortesanos comprometidos por su causa, y que se le reunian en las calles, llegó felizmente á palacio.

Los hombres armados que conducian á Blanca, luego que se alejaron del Soberano de Castilla trocaron en viles risotas y en insul-

tantes menosprecios el respetuoso continente y nobles ademanes que hasta entonces habian manifestado. Seducida por las apariencias la infeliz Princesa, y augurando siniestramente de aquella separacion, clamaba á los cielos y á la tierra contra los traidores que en su concepto iban á maltratar la inviolable persona del Rey. Ni una sola palabra pronunció en favor suyo: Enrique era el tierno objeto de sus súplicas, y empleaba los ruegos y las amenazas para conmover los empedernidos corazones de aquellos esbirros. Los respuntes de piel de búfalo que vestian, sus gorras de cuero y sus calzones azules no le dejaban duda de que eran parciales del In-

fante don Alonso; y como reputábase con derecho para mandarles, y con el ascendiente del cariño que le profesaban sus partidarios, porfiaba en obligarles á que la dejasen partir con Enrique y ponerle en salvo.

Sin embargo al oír la osadía y cínica impudencia con que reían de sus palabras llenándola de improperios y vergonzosos dictados, adivinó la verdad del hecho, y alzando tierna y amorosamente las manos al cielo, confió su defensa al Soberano Autor de la naturaleza. Era su alma de un temple tan elevado, que regocijóse interiormente de ser la víctima destinada al sacrificio, y de que su amado Enrique no tuviese que temer cosa

alguna de sus parciales. Pensó cuánto sería el gozo de doña Juana al recobrar á su esposo despues de tantos peligros; y en vez de sentir las espinas de los zelos, experimentó un regocijo suave y delicioso.

=Aspirante á coronas, díjola uno de los soldados ¿no podias regalarnos el oro que derramas para que te victoreen por las cuevas de esos montes? Por la cabeza del degollado San Juan, que si me siguieran en Cuenca media docena de lanzas como la mia, que habia de sepultarme en las entrañas de estas colinas, y pasar á cuchillo hasta las zorras que en ellas se ocultan.

=Y sino, paladead al niño con miel, gritó otro, y vereis cómo

los tales zánganos nos talan los campos y nos hacen bailar colgados como un racimo de la rama de un árbol. Por la última cuchillada que descargué en la guerra de Aragon, os juro que han de haberlas conmigo antes de la luna llena. —

— ¿Y qué hemos de hacer de esta Reina de comedia, preguntó un tercero en voz baja? ¿Hemos de consentir que nos revuelva el Reino entero?

Contestáronle algunas palabras al oído sus compañeros, después de haber mirado á Blanca, quien no pudo percibir ni una sílaba de la respuesta.

En esto hallábanse ya en un dilatado valle muy profundo, por medio del cual corría estrepitosa-

mente el dorado Tajo encima de un suelo de jaspe, y bajo verdes y pomposos pabellones de gárrulos cañaverales. Dos empinados brazos de monte muraban el rio por una y otra parte, y desde su falda, regada por las corrientes aguas hasta la cumbre de peladas rocas, veíanse sembrados de florecientes viñas. Las vertientes de las cimas, cayendo de golpe en el Tajo, acrecentaban su curso y cortaban el paso por aquella parte, de suerte que era necesario ascender á la cima y caminar por entre dos precipicios. Encumbrada Blanca á este punto deliciosísimo, veía á la una parte al resonante rio como hundido en un abismo, y á la otra un despeñadero horro-

roso cuyo fondo no encontraban los ojos: descubriase hácia oriente un horizonte despejado y al parecer sembrado de agudos picos de montañas, esclarecido entonces por la saliente luna; y aumentando su prestigio los claros y oscuros con aquella perfeccion cuyo secreto no puede el arte arrancar á la naturaleza. Los árboles esparcidos por los valles vecinos parecian en unos sitios argentados por los rayos verticales del astro nocturno unos globos de plata que el aire iba á levantar en sus alas, y en otros, cubiertos de tinieblas, movibles fantasmas que silenciosamente paseaban los llanos para poner terror al descarriado pasagero.

Tras de esta cima y á la parte

del despeñadero, elevábase un castillo feudal luengos siglos fabricado, cuyos muros eran vivas rocas con arte unidas; y el despeñadero servíale de primer foso que lo cercaba. Aparecian tan altas las paredes por los otros lados del monte, que no se distinguía en su interior edificio alguno: y estando abierta la puerta principal, despues de haber sonado la trompeta de los raptores, entraron en el patio, echaron un puente levadizo para pasar otro foso interior que rodeaba tambien el castillo. Recibieron á la Princesa algunos criados, y conduciéndola por angosta escalera á un reducido aposento, corrieron los cerrojos y dejáronla sola y abandonada á la amargura de su situacion.

Capítulo Tercero.

**EL SOLIO Y LA TUMBA.**



No ofrecia la estancia destinada á la Princesa la imágen de una prision: el aseo y el gusto con que estaba decorada contrastaba con las erizadas rocas que cercaban el castillo. Hermosos lienzos pinta-

dos en Italia, y representando los mas célebres pasages de la mitología, cubrian las paredes: hollaban los pies orientales alfombras, y en cada uno de los ángulos del aposento humeaba un aromático braserillo que embalsamaba deliciosamente el aposento. Recibia la luz por dos grandes ventanas góticas, cerradas con vidrios para impedir que el crudo cierzo, que reinaba siempre en aquella cumbre, hiciese frio é incómodo el apartamiento. En una palabra, los taburetes de cerezo cuidadosamente trabajados, las jaspeadas mesas y otros adornos raros y apreciables en el siglo de que hablamos, mostraban que manos diestras y poderosas habian trabajado con

esmero para dar á aquella morada el apacible y risueño aspecto que tenia.

Los paisages que hemos descrito en el capítulo anterior, bellos por sí mismos, recibian vistos desde aquella elevacion y por detras de los vidrios un realce indecible. Al contemplar desde allí el verdoso abismo por donde se lanzaba el Tajo; al descubrir las nubes pasando por bajo de los muros del castillo; al percibir el dulce canto de los cisnes volando por el abierto cielo, ó el desgarrado vuelo de la atrevida águila; parecia á Blanca que habitaba el palacio encantado de las hadas, y probaba un incógnito placer, una admiracion que no podrán concebir

nuestros lectores si nunca han disfrutado un punto igual de vista.

Pero al impulso de un resorte, entonces obra maestra de la mecánica, caen súbito á las ventanas unas cortinas de damasco verde, y oscureciendo la estancia déjanla solamente una luz pálida y escasa como la del primer rayo de la aurora. Registra la Princesa temblando el aposento, y no descubre persona alguna: agitada, fria como la muerte, y sin atreverse á pestañear, aguarda en silencio su suerte sin perder la confianza que ha depositado en el brazo del Todopoderoso. Trascurridos algunos minutos, ve que se arrollan de repente como telones de teatro, los lienzos que juzgaba entapizar las

paredes, y el reducido apartamiento queda convertido en un largo salon. Vuelve los ojos á la derecha, y descubre sobre robusta mesa una corona real, un manto de púrpura y un cetro: fíjalos en el lado izquierdo, y mira con horror un sencillo sepulcro con la inscripcion de su nombre.

Un sudor frio discurrió por los delicados miembros de Blanca: ni podia mover los pesados pies, ni decidirse á permanecer en la silla que ocupaba. Palpitaba su corazon con una velocidad extraordinaria; oprimíala un peso que la privaba de la respiracion, y ni aun lograba el desahogo de verter lágrimas tan útiles á su sexo y tan consoladoras. ¡Es posible, pensó,

que sea tan desgraciada que haya caído desde un trono al último extremo de la desesperacion y del terror! ¡Qué muger por infeliz que haya nacido hase visto nunca en semejante apuro! ¡Y era yo la señora y soberana de Castilla!

Esta tierna reflexion hizo correr el llanto por sus megillas, y derramó un balsámico consuelo en su alma: como cuando agostadas las flores por el ardor del estivo sol recobran su lozanía y hermosura con el rocío de la noche. Alentada ademas con el secreto convencimiento de su inocencia y con la esperanza del cielo, levantóse de la silla y dió dos pasos hácia el sepulcro con ánimo de mostrar á los bandidos que la ha-

bian robado, ó al autor de su desgracia cualquiera que fuese, que nada temia; y que lejos de intimidarla el aspecto de la tumba, infundíale alientos y perseverancia para eligirla, si exigian de ella la menor baja, ó una sola accion indigna de su real cuna. Mas al ir á levantar tercera vez la planta, sonaron los cerrojos de la puerta del aposento, y mientras Blanca se restituía á su asiento entró, despues de haberla cerrado escrupulosamente, el Marques de los Valles.

Cuando la bella Princesa reconoció al vil ministro, hincháronse con la inflamada sangre las venas azules de su níveo cútis, coloreáronse de púrpura las lindas

megillas, resplandeció en sus apacibles ojos la llama del enojo, y lanzó una mirada de desprecio que aterró al envanecido cortesano. Empero la hiel no mora en el corazón de la paloma: recobró en un punto la calma, y revistiéndose de la soberanía que la era natural, sentóse en la silla que antes ocupaba sin exhalar un solo suspiro ó manifestar la menor sorpresa.

El Ministro de Enrique IV, afectando una timidez y una modestia que contrastaba con su descarado rostro y atrevidas maneras, dirigió á la Princesa una cortesía muy respetuosa; miróla como enagenado; procuró aunque en vano sonreirse, porque sus tétricas fac-

ciones habian perdido la flexibilidad y la costumbre de la sonrisa; y por último dijo.

«Soberana Señora, vuestros humildes parciales á quienes inflama y entusiasma el sol de vuestra belleza, obligados por las difíciles circunstancias que los cercan, y por la resistencia que oponéis á admitir el cetro con que os brindan, dejan á vuestra Alteza la eleccion de los dos objetos que tiene á la vista: ó el solio, ó la tumba.»

Despues de haber pronunciado estas palabras con toda la pausa y afectacion que pudo, el Marques probó otra vez á sonreirse, y principió á pasearse por el salon con graves y detenidos pasos como si quisiera dar á Blanca

tiempo para resolver: y fijando los ojos alternativamente en la corona que habia sobre la mesa y en el sepulcro, arrugaba la lívida frente, y poníase pálido como si en aquel punto atormentára su mente imprevisto pensamiento.

La Princesa despues de haber mirado con desdeñosos ojos las reales insignias, clavólos en la tumba, y señalándola con el dedo, contestó.

— Ved ahí el objeto de mi elección: tú que me has conducido á su borde, tú debes abrirla y sepultarme en ella. ¿Piensas que doy crédito á tus palabras? ¿El sanguinario ministro de Enrique unido á mis parciales! ¿El terrible enemigo que me ha arrojado del

solio de Castilla presentarme su cetro! Vil impostor, conozco demasiado los crímenes de que estás cubierto para no adivinar tus deseos: tus satélites me arrebataron del pacífico retiro que habia elegido por morada, y no estarás satisfecho hasta haber derramado mi sangre.

—Os engañáis, Princesa de Navarra, juzgando de mi carácter y de mis ideas tan infamemente: no encubre mi pecho á un corazon tan atroz, ni soy insensible á las delicias de la humanidad. Todos me retratan en los cuadros que pintan de la Côte de Enrique IV, y ninguno me conoce. De vos depende que alumbre á mi razon la suave antorcha de la virtud: ceñíos

esa diadema, y reconocereis en mí un ser distinto del que ahora veis.

Inflamóse mientras así hablaba el pálido semblante del palaciego, como suelen al último crepúsculo del día enrojecerse las nubes iluminadas por las ráfagas luminosas que se desprendieron de los rayos del traspuesto sol, y sus labios parecían tener que esforzarse para pronunciar palabras que salían de lo mas secreto del alma. La Princesa sorprendida le dijo así.

=Pues si deseas que mi mano vuelva á empuñar ese cetro; ¿por qué me lo arrebataste y pusiste en la diestra de la Princesa de Portugal? ¿Era yo entonces otra? ¿Abrigaba mi corazon sentimientos diferentes? ¿Y qué importa á

la virtud y á la gloria de Enrique el que se llame Juana ó Blanca la que se siente á su izquierda bajo el dosel del Trono? En la balanza de los imperios nada pesan los infortunios ni la ventura de una triste muger.

= Enrique, hermosa señora, ha concluido de reinar: vuestros parciales y los de su hermano Alonso le detestan; y mi bando, que es el mas poderoso, aguarda solo una señal vuestra para proclamar por Soberanos de Castilla á Blanca de Navarra y al Marques de los Valles.

= ¡Justo cielo, exclamó la Princesa! ¡Que no haya yo adivinado desde el principio el blanco á que asestabas tus tiros! Hecha estaba mi eleccion aunque el mismo En-

rique me brindára, ¡cosa imposible! segunda vez con la diadema que cubre las sienes de la Reina; pero en cuanto á tí, bien puedes imaginar los tormentos mas horrosos, los mas crueles martirios, que no vacilaré en preferirlos á la infamia y al envilecimiento de existir un solo punto en tu compañía. Monstruo de ingratitude, ¿ansias tambien beber la sangre del Príncipe que te levantó del polvo en que habias nacido y te llenó de honores y de dignidades? ¿Tan ciega es tu ambicion que no contentándose con haber llegado á la cumbre del poder, pide alas al viento para volar y despeñarse? Te lo repito, mi resolucion es invariable : si te place sepultarme

en esa tumba en este mismo punto, ábrela, dispuesta estoy; y prívame del horror de contemplarla.

= ¿Y quereis, encantadora Princesa, replicó el Marques endulzando el áspero sonido de su voz en cuanto pudo, quereis en la deliciosa primavera de la vida, en el florido abril de vuestros años destruir las gracias, los hechizos de vuestra celestial persona? ¿Quereis que ese brillantísimo sol que apenas asoma por oriente se precipite ya en los mares de ocaso? Dejad á la fealdad y á la desgracia que se gocen con la idea de una prematura muerte como término de sus pesares; pero vos, á quien el cielo otorgó tanta belleza, vos que encantais á quien os mira,

y con solo querer subireis á un solio cercado de delicias, y á cuyos pies humean miles de incensarios; vos, soberana Señora, á quien la música y la gaya ciencia consagrarán sus placeres llenándoos de halagüeñas flores; ¿vos ansiáis morir? Oh! no habeis probado las dulzuras de la vida ni los encantos del poder. ¡Qué hermoso es pensar, mandar y ser obedecido! Las mas ricas producciones de la tierra, sus mas preciosos dones, cuanto la imaginacion puede idear de mas bello y perfecto; todo se consagra á los señores del mundo: un ebúrneo tálamo recibe los cansados miembros que descansan sobre plumas y Holanda: la esencia de la rosa halaga el olfato: los

muelles sonidos del salterio adormecen los ojos; y lindísimas deidades, nacidas para alegría del alma, permanecen inmóviles en el anchuroso salon para velar el sueño, ó entretener con sus cánticos las horas en que su dueño yace despierto.

=Te compadezco, ambicioso ministro, gritó Blanca dominada por una exaltacion que no podia tener á raya, te compadezco, si dicta tus palabras la conviccion. ¿Crees tú que tal es la ventura de los Príncipes? Tú que posees los secretos de su palacio, tú que vives bajo su dorada techumbre, ¿te dejas seducir así por la apariencia? ¿Retratas el deslumbrante exterior de un Soberano, y pa-

sas en silencio su atormentado interior! ; Si vieras cómo esos tá-lamos preciosos, esas plumas y esa Holanda en vez de conciliar el sueño despiertan el tedio! Bajo sus ostentosos pabellones, levántase en la mente el atormentador recelo: ofrécese al pensamiento las desventuras de los vasallos: ímagnánse leyes para poner término á su desdicha; y al considerar la imposibilidad de remediarlas, los ostáculos que se presentan, los grillos que oprimen las manos de un Soberano benéfico, ; cuántos tormentos acucian al pecho virtuoso! La miseria y los males que el hombre imperfecto no puede precaver, suscitan las revoluciones y los populares tumultos: tiembla al per-

cibir su lejano rumor el desgraciado Príncipe, y teme que caigan sobre su cabeza los desaciertos de sus ministros: tiembla, porque á no ser un Dios, ¿cómo puede distinguir las solapadas lisonjas de las verdades, y asegurar los efectos de una ley que á las veces produce un resultado enteramente contrario á los cálculos de la sabiduría? Ved aquí la imágen de la verdadera felicidad que gozan los árbitros del mando: mas esclavos que el último siervo de un pastor, están siempre espuestos á la censura de todos sus vasallos: no pueden obrar, ni aun soltar una sola sílaba que no sea interpretada de mil modos distintos, que no encuentre lisonjeros y calumniado-

res; pero tú lo sabes tan bien como yo, pérfido ministro, tú que te paladeas con el acíbar que viertes en la copa de tu Soberano: sigue, sigue la carrera de tus crímenes, que un día lucirá, y no está lejos, en que recibas el merecido galardón.

Calló la Princesa; y aun el Marques de los Valles con los ojos resplandecientes de cólera, se paseaba agitado por la estancia dando repetidas muestras de su impaciencia y de los tormentos que experimentaba. Observó Blanca el pánico terror que sus razones imprimian en el rostro de Pacheco, y añadió con acento mas dulce.

= Un placer único disfrutaban los Reyes, el de hacer venturosos á

sus súbditos; y si el cielo permite para tu ruina que te sientes por algun tiempo bajo el dosel de Castilla, no experimentarás ese consuelo; porque un usurpador es siempre un tirano.

= En vano trabajo, dijo el Marques, por salvar vuestros dias, si está escrito en las bóvedas del cielo que habeis de perecer. Si mis labios se abren, si llega á saber doña Juana que he sorprendido al Rey en el monasterio, ¿qué esperanza de salvacion resta á vuestra Alteza? Preferid enhorabuena las agudas espinas del dolor al almíbar del placer; ¿pero por qué ha de gozarse en vuestro esterminio una rival orgullosa y sin ninguna de las virtudes que en vos resplandecen?

=Detractor de tus señores, le atajó la Princesa, cesa de arrojar veneno de tu lengua, que semejante á la de la víbora muévase solo para morder é introducir la ponzoña en la planta del hombre. Corre, enciende con infernales calumnias los celos y el odio de tu Soberana, precipítala en el crimen, y ríete despues al ver sus remordimientos y su desesperacion. ¡Infeliz! ¿Juzgas que la espada del Eterno no te herirá tarde ó temprano?

=Vuestra eleccion está hecha, respondió con tono frio y bronco el Marques; y por consiguiente me retiro. ¡Ah! un amor desesperado no encuentra mas consuelo que el que le ofrece la venganza: y vos,

cruel Princesa, vais á experimentar cuán temible es despreciar á un corazón enamorado.

Los ojos del iracundo ministro, inmóviles como si fueran de cristal y chispeantes como los del tigre, fijáronse durante las últimas palabras en el sepulcro. Pareció dilatarse su arrugada frente, y animarse de un modo lúgubre el color cetrino de su tez: rechinó los dientes, apretó las cerradas manos, y dió algunos resueltos pasos, cual si acabára de tomar súbita resolución. El dulce y gracioso rostro de Blanca permanecía sereno como el cielo al reir la primer vislumbre del día: no alteraba su tranquilo espíritu el temor de la muerte, pues aunque no la

deseaba , recibíerala con entero ánimo é indiferencia. Miraba al favorito de Enrique harto compadecida , y hubiera prodigado generosamente la mitad de su sangre por hacer amable la virtud á su enrobrecido pecho. Pero á la manera de aquellas aguas que petrifican el suelo por donde pasan , y tienen que vencer despues susurrando las peñas mismas que ellas amalgamaron de imperceptibles granos de arena , así don Juan Pacheco recorriendo la carrera de la ambicion y de los delitos , habia cerrado en su alma las puertas á las sensaciones virtuosas ; y cuando á las veces practicaba un acto de humanidad , era luchando antes con su propension al mal. Su in-

genio verdaderamente grande habíale inspirado amor al saber, y dedicábase principalmente á la física en compañía de los magos depositarios de sus secretos, y á quienes prodigaba sus tesoros y su proteccion. El vulgo que reputaba la mágia en aquel siglo un arte diabólico, aunque no era como acabamos de decir sino el estudio de las ciencias naturales, tenia para sí que estaba reducido su conocimiento á entablar misteriosas relaciones con el demonio. Si reflexionamos sobre esta circunstancia y sobre los talentos del Marques de los Valles, daremos quizás en el acierto de por qué el Monarca de Castilla depositó durante su vida toda la confianza en un

ministro aborrecido del pueblo y de la grandeza, y que tantos disgustos acarreó á su Señor en los dias de su privanza. Necesario es prevenir así á los lectores, para que en las extraordinarias combinaciones y sobrenaturales acontecimientos de este hombre vean solo un resultado de su mágia, ó por mejor decir, de sus conocimientos científicos, tan raros en la época de que hablamos.

El Ministro de Castilla descubrió los cerrojos de la puerta por donde habia entrado, y sin mirar á la Princesa salió precipitadamente de la estancia dejándola cerrada como antes. La escasa luz que alumbraba el aposento disminuía-se á cada instante, y Blanca no

acertaba á adivinar el desenlace de aquella terrible escena, que casi habia agotado sus delicadas fuerzas. Sonó á deshora un bronco y estrepitoso clarin, y pasmóse la ilustre prisionera: y oyendo un estruendo que se prolongaba por el misterioso salon, revolvía en vano sus ojos, porque la oscuridad ocultaba á su vista la causa de aquel estrépito. La luz de moradas hachas alumbró á lo lejos el apartamiento, y hallóse la infeliz Princesa en una anchurosa morada cuyos extremos no alcanzaban los ojos: tanta era su estension. Negros paños ornaban las paredes, guarnecidas de una franja del mismo color, y bajo un gracioso dosel, donde brillaban las armas de Cas-

tilla, leíanse estas palabras: *Venganza y secreto*. A una y otra parte del dosel se veían hermosísimos sillones ocupados por hombres cubiertos con una túnica de seda negra, un gorro del mismo color y con una ballena en la mano empuñada en su mitad. Un anciano que apenas podía mover la pesada planta, y cuyas barbas de nieve contrastaban prodigiosamente con la oscuridad del traje, entró con pausados pasos y sentóse bajo del dosel, despues de haber hecho señal á sus compañeros para que imitáran su ejemplo. Cerca de este descubriase el Marques de los Valles con sombrío rostro y arrojando horribles miradas á la Princesa, que no dudando que ha-

bia llegado el término de sus desgracias, dirigia sus preces al soberano Autor de la naturaleza, tan enagenada, que apenas tenia cuenta con los objetos que la rodeaban. Arrobadada toda en los deliciosos consuelos de una religion, que ofrece al inocente en sus últimos y mas terribles instantes una corona de gloria, despreciaba los tormentos que pudieran idear aquellos malvados, para saciar en ella su rabia y su corage.

—Magos, dijo el anciano, los viles parciales del Infante don Alonso han encendido la guerra civil desde un extremo á otro de Castilla. Sublevado en los campos de Granada el ejército del Rey Enrique, marcha con rápidos pasos,

enarbolando el estandarte de la rebelion, á unirse á nuestros implacables enemigos y á dar el último golpe al trono de nuestro Soberano. El noble protector de los magos corre peligro de perder en estas revueltas el solio y la existencia: nuestros juramentos nos obligan á defenderle y á emplear el acero y la ponzoña contra sus contrarios. Blanca de Navarra y el Infante don Alonso son los gefes y la causa de esta sangrienta revolucion: debemos condenarlos á muerte: nuestra Soberana nos invita á ejecutarlo, y á remover así y apagar la llama de la discordia. ¿Qué importa sacrificar dos víctimas si evitamos el que perezcan miles de castellanos? El consejo

de los magos concede al Marques de los Valles el encargo de cumplir esta sentencia.

Volvió á sonar el bronco clarin, y entonaron un himno los congregados celebrando en seguida un sacrificio en honor de los dioses de la idolatría. De este modo mientras la religion cristiana habia triunfado de los errores de la fábula, y arrojado á sus adoradores á los confines del África, humeaba aun el incienso profano bajo las secretas bóvedas del castillo del Marques, y el ministro de un Rey católico gloriábase de ser el abrigo y la defensa de los impíos idolatras.

Concluida la ceremonia, cayeron otra vez los lienzos que for-

maban las paredes de la estancia, y Blanca volvió á encontrarse en el reducido y mágico aposento que ocupaba al principio. Descorriéronse igualmente las cortinas de las ventanas, y los pálidos rayos de la luna, que iluminaba ya los montes, vinieron á consolar el agitado corazón de la Princesa. Los diferentes objetos que hirieran sus ojos en aquel día, y el maravilloso modo con que había pasado de una escena á otra, no podían menos de haber puesto en movimiento su sensibilidad, á pesar de la resignación y de la calma que había mostrado. Vagaban por su mente ideas confusas, y no podía conseguir fijarse en ninguna de ellas: un pensamiento úni-

co no se separaba de su imaginación: la certeza de la muerte. Conocía que todo era obra del ministro de Enrique IV, y no ignoraba que las revueltas y trastornos de Castilla autorizarían á los ojos del partido del Rey su asesinato, pues reputábanla por origen de todas las desgracias que afligían á la Patria. Y cerróse mas en esta opinión, cuando entrando otra vez el cortesano la dijo en tono áspero y desabrido.

= Preparaos para morir, Princesa, pues se acerca el instante destinado para cumplir la fatal sentencia. El Infante ya no existe: acaba de llegar un mensajero que ha presenciado su trágico fin. Después de la sangrienta batalla de

Olmedo , cuando creíase encumbrado al solio , ha bebido la muerte en una ponzoña , y el festin en que celebraba su victoria hase convertido en lúgubre funeral. Aun es tiempo : pronunciad una sola palabra : decid que sereis mia , y os ciño la real diadema de que os despojó Enrique.

= Conozco el precio de las ofertas , contestó la Princesa ; pero para mí es mas dulce descender al sepulcro con mi inocencia y mis virtudes , que subir al trono en hombros de la traicion , de la infidelidad y de los vicios. Dura es mi suerte , porque estoy en poder del hombre que se ha pronunciado contra mí , y no dudo que la sentencia de esa reunion de

bandidos se cumplirá dentro de pocos momentos. ¿Pero sería yo bastante débil para doblarme al temor de la muerte, para sucumbir á la necesidad y deslustrar con mi vencimiento el nombre que heredé de mis padres? Los Príncipes de Navarra saben sin fruncir las cejas ofrecer el cuello á los tiranos de Castilla antes que besar su planta. ¡Ay de tí, miserable instrumento de las pasiones! ¡ay de tí, á quien seguirán los remordimientos y el castigo del cielo! pero á mí espérame la recompensa de mi triunfo; pues siendo tú el opresor y yo la víctima venzo tus arterías y tus crímenes, dejando burlada la ambicion que te ciega. Adios, Marques de los Va-

lles , yo te perdono : retírate , y cuando te plazca vierte mi sangre , que esa es mi eleccion.

El delincuente ministro reconoció la certeza de las predicciones de Blanca en la inquietud que atormentaba su pecho , y comenzó á pasearse á largos pasos por el salon imaginando aun nuevos medios de convencerla. Empero habia ya empleado todos los recursos de su ingenio : los halagos y las promesas habian tenido igual resultado que las amenazas y el terror. ¿Quién triunfa , pensó entre sí , de una alma elevada , acrisolada por la virtud? Necesario es que confiese el poco prestigio de la mágia y de las artes de que me he valido : debo sacrificar esta be-

lleza á mi amor propio... y no nos cansemos, Blanca de Navarra ha de acompañar á la tumba al Infante don Alonso. Sin embargo, no debo poner en olvido que los criados que ejecutaron su rapto, me han vendido y han esparcido por la Córte la nueva de que la Princesa es mi prisionera: el mensajero me lo ha dicho, y que me atribuyen la muerte del Infante. ¿Qué responderé al Rey y á los grandes cuando me pregunten por doña Blanca? ¿Y la Córte de Navarra no pedirá esplicaciones y querrá vengar con mi sangre el asesinato de su Princesa?

Estas reflexiones aterraron al Marques; pero considerando luego que podia hacer cómplice de

aquel delito á la Reyna doña Juana y evitar así la responsabilidad, calmó un tanto su semblante, y resolvió de tal suerte dirigir la abominable intriga, que fuese la Reyna y no él quien pusiese fin á la existencia de la bella Princesa de Navarra. Habíale contemplado ésta durante su irresolucion con mucho interes, y al observar el cambio repentino de su rostro concibió alguna esperanza de salvacion; pero las palabras del cortesano desvanecieron bien pronto este consuelo.

= Ya que ni los ruegos ni las amenazas han podido resolveros á la razon y disminuir vuestro orgullo, dejareis de existir cuando mas segura os creais.

Dicho esto volvió las espaldas; y Blanca sin inmutarse con semejante aviso, pidió al Cielo valor para resistir á la última y mas dolorosa prueba.



**Capítulo Cuarto.****CASTILLA EN EL SIGLO  
DECIMOQUINTO.**

LA historia de España no presenta cuadro mas triste que el del reinado de Enrique IV: una sangrienta revolucion, efecto de los vicios de los grandes y de las pasiones de palacio, devastó los fér-

tiles campos que riega el Tajo. El trono de Fernan Gonzalez ocupado por un Monarca débil y afeminado no brilló en época tan aciaga con aquel esplendor y magestad que le comunicaron los primeros Soberanos. Ya en el reinado anterior de don Juan el II habian afligido y enervado á los castellanos la flojedad y espíritu apocado de este Rey, y los desórdenes, los crímenes y loca arrogancia de don Alvaro de Luna su favorito; mas al espirar en un cadalso el osado ministro, y al levantar el verdugo su cabeza clavada en el hierro de una pica, hizo concebir á los castellanos la dulce esperanza de que nunca ya se verian esclavizados por los ministros, y que

los Reyes gozarian la libertad de premiar al mérito y castigar á los delincuentes.

Sacóles de su error Enrique en el punto mismo en que levantaron estandartes por su real persona y le proclamaron Monarca de Castilla: el repudio de su primera esposa la desgraciada Blanca de Navarra fue como un talisman que separó del solio las voluntades de los grandes y de los plebeyos. El sexo de la hermosura, tan poderoso en la Córte, vió en este repudio un ejemplo pernicioso que rompía la union conyugal, y esponia á las mas virtuosas matronas á ser arrojadas del hogar doméstico, por el capricho ó la liviandad. Y el desenfreno y ninguna

virtud de la nueva Reina doña Juana de Portugal, con quien el Rey de Castilla contrajo segundas nupcias, dieron en tierra con el amor y el entusiasmo que en todos tiempos han inspirado á los españoles sus Príncipes, cuando ha brillado en sus manos la espada de las victorias y reinado en su corazon las virtudes de la paz.

¡Ojalá pudiéramos pasar en silencio los vicios de una muger tan funesta á nuestra Patria; de una muger que osó manchar el tálamo real de Castilla, y esponer á los españoles á ser gobernados por el adulterino fruto de su liviandad! Pero cuando sus crímenes forman tan singular contraste con la pureza y raras virtudes de

la legítima Soberana doña Blanca de Navarra, no podemos pasarlos en silencio, ni faltar á las leyes de la historia.

Disputábanse las riendas del gobierno el Marques de los Valles y don Beltran de la Cueva, favoritos el primero del Rey y el segundo de la Reina: distribuíanse ó mas bien arrebatában como mejor podían las dignidades del estado; y como si la nacion fuera patrimonio comun de entrambos daban las villas y lugares á sus amigos y privados, mientras los ilustres guerreros que habíanse distinguido en la guerra de Aragon, olvidados y sin recompensa alguna mordían la tierra de corage tendidos á la sombra de sus laureles.

Su Magestad desprovisto de poder y de firmeza veía formarse lentamente y bramar á lo lejos una sorda tormenta, que habia por último de agitar y bambolear su trono; pero la caza y los placeres desmedidos hacíanle olvidar su propia seguridad, y entregarse á la alegría despues de haber revuelto en su mente contrarios pensamientos. Estalló por último la tempestad; y hallóse por encanto el Rey Enrique solo y rodeado de las poderosas huestes de sus enemigos, y en la necesidad de mendigar la compasion del Marques de los Valles que le dictaba leyes y concedia treguas, árbitro á un tiempo mismo de la voluntad real y gefe de los rebeldes.

Desertaron de la Córte los grandes en quienes mas confianza habia depositado su Magestad, y para poner colmo á la discordia y á la pública desgracia, proclamaron Soberano de Castilla al Infante don Alonso, hermano de Enrique IV. He aquí el hecho en boca del célebre Mariana: (1) «Fuera de los muros de Ávila levantaron un cadalso de madera, en que pusieron la estatua del Rey don Enrique con su vestidura real y las demas insignias de Rey, trono, cetro, corona: juntáronse los señores, acudió una infinidad de pue-

4 Esta novela se escribió y censuró en 1831, y el temor de que el destronamiento de un Rey pareciese un sacrilegio á la censura, me obligó á copiar la narracion de Mariana. Aun así fue un fenómeno conseguir el que pasase este escrito.

blo. En esto un pregonero á grandes voces publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decían tenía cometidos. Leíase la sentencia y desnudaban la estatua poco á poco, y á ciertos pasos, de todas las insignias reales: últimamente con grandes baldones la echaron del tablado abajo. Hízose este auto un miércoles á 5 de Junio. Con esto el Infante don Alonso, que se halló presente á todo, fue puesto en el cadalso; y levantado en los hombros de los nobles, le pregonaron por Rey de Castilla, alzando por él como es de costumbre los estandartes reales. Toda la muchedumbre apellidada como suele:

Castilla, Castilla por el Rey don Alonso; que fue meter en el caso todas las prendas y jugar á resto abierto.»

Los grandes infortunios á las veces despiertan los ánimos amortiguados, y les comunican un vigor y una resistencia de que fueran incapaces en fáciles y ordinarias circunstancias. Enrique llamó á los principales autores de aquella revolucion, y ofreciéndoles vivir mas precavido y gobernar con mas acierto, los llenó de mercedes y riquezas inclinándolos á su partido, y obligándoles á abandonar las banderas del Infante y de doña Blanca, á quien tambien victoreaban. Sin este paso la sangrienta batalla de Olmedo, en la que la

victoria no coronó á ninguno de los dos bandos, hubiera decidido de la suerte de este Monarca poniendo fin á su reinado. Prometió tambien separarse de la Reina doña Juana, escándalo y fundamento de las revueltas que despedazaban á la nacion; y aunque por entonces no lo cumplió, logró con esta promesa persuadir á sus vasallos que habia cambiado de carácter y que podian esperar un término á las civiles discordias.

Difícil es adivinar si tantas precauciones hubieran bastado á fortificar y hacer invencible el solio que ocupaba, si un veneno no cortára el hilo de la vida de su hermano Alonso. Muerto el gefe de la insurreccion, debilitóse por al-

gun tiempo el poder de los rebeldes, admirados del inesperado golpe que habian recibido; pero como el odio crece con la oposicion, y el envenenamiento del Infante era un nuevo crimen atribuido al sagaz ministro de Enrique, que como llevamos dicho, figuraba en ambos partidos engañando con sus intrigas y palabras dulces á unos y á otros para levantarse sobre las ruinas de la patria, la guerra no cesó por haber faltado Alonso, y los conjurados pronunciáronse en favor de la linda y virtuosa Princesa Isabel, conocida despues con el nombre de la Reina Católica, y destinada por el cielo para restituir al trono español la gloria y la ventura de

que habíanle privado antiguos desórdenes.

Tal era la situación de Castilla en la época de que tratamos, y tales los acontecimientos que habían sobrevenido durante la permanencia de la desgraciada Princesa doña Blanca en el monasterio y el castillo. Hemos espuesto en el capítulo que antecede las razones por que el Marques de los Valles no se atrevió á emplear la ponzoña contra su prisionera por sí solo, y únicamente acordó en su interior envolver en aquel crimen á la Reina doña Juana para librarse de las resultas que pudiera tener una guerra entre Castilla y Navarra.

Refirió pues á doña Juana con

el mayor secreto y usando de misteriosos rodeos la prision de su rival, y el encuentro del Rey Enrique en el convento donde se albergaba la hermosa y destronada Princesa, y adornando este suceso con reflexiones poco favorables á la pureza de Blanca y á la reputacion del Soberano de Castilla, logró encender en toda su fuerza los celos en el iracundo y vengativo pecho de la Reina. No amaba esta á Enrique; pero su orgullo creíase mortificado con la posibilidad de que muger alguna fuese capaz de vencerla en gracias y atractivos, y lo que le era mas sensible robarla un corazon avasallado por sus encantos. La pasion celosa suele ser tanto mas violenta

cuanto mas despreciable y baja es el alma que se ve atormentada por sus penetrantes espinas; y Juana trocóse en una especie de furia agitada continuamente por enroscadas sierpes, que la roían las entrañas obligándola á prorrumpir en lastimeros gritos bajo la ebúrnea techumbre del augusto alcázar. Cierta viveza extraordinaria, y un ingenio pronto y agudo con que la naturaleza hace á las veces amabilísima una mediana belleza, distinguian á la Soberana de Castilla; y si hemos de juzgar su carácter con la indulgencia debida á las debilidades humanas, añadiremos que las fogosas pasiones y desordenados afectos que manchan las páginas de su historia, origináron-

se de esta eléctrica viveza y mágica penetracion que trabajaban en demasía su mente.

Frenética y amartelada recorría los anchurosos salones del real palacio maquinando una venganza cruel contra la víctima de su odio, venganza que igualase y aun escediese en sus efectos el penetrante dolor que experimentaba. Conocía que para hacer mas amarga á Blanca la copa del infortunio, debía obligarla á que la recibiese de la mano de Enrique; y reputábase todavía con bastante ascendiente sobre su débil pecho, y con sobrados hechizos para adormecerle y prenderle en el lazo de sus intrigas, y empeñarle contra la Princesa de Navarra.

Así discurría doña Juana sentada en una silla de ébano, con el codo apoyado en el brazo de ella, y la megilla recostada en la palma de la mano, de la que colgaba un pañuelo de holanda blanco como el ampo de la nieve, cuando divisó por entre las cortinas de una puerta á Enrique que se acercaba á la estancia de su esposa con pausados pasos. Iba á levantarse y á principiar sus quejas contra la que llamaba su infiel enemiga ; pero teniendo para sí que semejante conducta la degradaría, y que los ruegos y las lágrimas intempestivas en vez de atizar el amor acababan por apagarle, acordó seguir un halagüeño pensamiento que asaltó entonces su imaginacion, y

que le ofrecia mas poderosos medios de defensa. Cerró los ojos y fingió que se habia quedado dormida en aquel sitio, rendida quizás por el ejercicio de la caza en que habia empleado la mañana de aquel dia.

Era gracioso y ricamente alhajado el gabinete de su Magestad: representaba una fresca gruta con tanta verdad imitada por el pincel, que engañaba los ojos de cuantos en ella penetraban. Los muebles de mármol, con muelles asientos de seda del propio color, parecian corresponder á la rústica belleza del aposento y á su ordenado desaliño. Una fuente artificial que caía sobre una pila de granito formando un dulce murmullo, unia

su consonancia á los sabrosos cánticos de mil pintados ruseñores que enredados entre imperceptibles hilos de alambre vagaban por encima de la fuente. Los rayos del sol no podían penetrar en aquella linda estancia destinada para los calurosos días de julio; y Enrique venía dispuesto á pasar en compañía de su esposa y en tan deliciosa morada las incómodas horas del mediodía.

La luz que alumbraba el aposento, y que se parecía á la de un magestuoso crepúsculo, venía de perlas al rostro de Juana; pues aumentaba su lindeza y sombreábale tan favorablemente que diríase que era la diosa de los amores que al trasportar á su hijo al um-

broso Idalia, habíase dulcemente entregado al sueño en la mas bien labrada de las grutas del monte. Halla la imaginacion casi siempre nuevos atractivos en una beldad dormida: el pecho palpitante, el carmin de las megillas inflamado quizás por un ensueño, y la aparente inexistencia de las facciones para poder contemplarlas con mas detencion, y admirar á nuestro placer los sublimes rasgos trazados por la naturaleza y mágicamente perfeccionados por el amor, todo presta incremento á las gracias, todo capta y seduce la mente humana poniendo en movimiento la sensibilidad. El inconstante Enrique exhaló un suspiro al verla: detúyose á examinar su apostura,

y no osó abrir los labios por no privarla del reposo en que blandamente yacia. Hubiera por último ausentándose por no interrumpir tan regalado sueño, si doña Juana sin moverse y aparentando que soñaba no hubiera preguntado.

=¿Qué me quieres, don Beltran?

Su Magestad iba á responder juzgando que la Reina despertándose le habia tomado por don Beltran de la Cueva su favorito; pero advirtiéndole que doña Juana seguia hablando no dudó que era un ensueño, y quiso averiguar si como ya sospechaba, entretenian á su esposa amorosos pensamientos con este cortesano.

=Dí, ¿qué me quieres? repitió

la Reina. ¿Á qué fin traerme á tan secreto lugar? ¿Qué misterios son estos?

= Señora, siguió diciendo la Reina que se preguntaba y respondia á sí propia como quien ensueña, sacrificadme si así os place al enojo del Rey; pero yo no puedo vivir mas tiempo sin deciros, que os amo, que me abraso en el fuego de vuestros ojos, y que vuestra hermosura me enagena, me enloquece y me mata.

= ¡Infame! gritó Enrique amartelado por esta declaracion que creía verdadera, vengaré tamaño agravio con ejemplar castigo. Dijo, y prestó oido á su esposa que sin interrumpir su diálogo contestaba llorando de este modo.

= Sin duda, alguna involuntaria liviandad mia habráte autorizado, pérfido, para arrojarte á tan sin igual atrevimiento: ¿Cómo osas insultar á tu Soberana y poner los ojos en la consorte de tu Señor? ¿No te avergüenza un crimen tan horrendo que críza mis cabellos y hiela la sangre de mis venas?

= Vuestra Magestad, poderosa Señora, no sabe lo que es amor, ni á los extremos á que arrastra cuando se señorea del pecho humano con la irresistible fuerza con que avasalla el mio. Y tantas gracias como brillan en vuestra hermosísima tez, ¿no han de prestar homenaje al Dios de la ternura, y han de servir solamente de escarnio á la impúdica osadía de una

rival menos bella? Ciertamente ignora vuestra Magestad que ese Rey, á quien ama tanto, ese esposo cuya ventura le es tan cara, se entrega á las amorosas caricias de su primera muger la Princesa de Navarra, y que los guerreros que han aprisionado á doña Blanca y conducídola á un castillo para atajar el torrente de la revolucion, sorprendieronle en el monasterio con la Princesa.

=; Dios mio, es posible! ; Oh querido Beltran, no te acuerdes de mis ultrages y desprecios, y defiéndeme en medio de los peligros que me amenazan! ; Ah! á pesar de la inconstancia de Enrique, á pesar de su cariño á mi enemiga, yo le adoro, y únicamente dejaré de

quererle, cuando halle su corazón empedernido y cerrado á mis ruegos; cuando rehusé mandar que espere en premio de sus delitos y de la discordia que ha encendido en Castilla esa odiosa Princesa. Entretanto su voz suena tan dulce en mis oídos, agrádame tanto su presencia, encuentro en su persona causas tan halagüeñas para idolatrarle, que toda mi dicha pende de una sola mirada suya.

Enrique escuchaba este diálogo enagenado y haciendo extremos de dolor, según los celos ó el que juzgaba cariño de doña Juana le obligaban á prorrumpir en gemidos, ó á sonreirse plácidamente agitado quizás por aquella especie de contentamiento que nos da el

amor propio satisfecho. En los ademanes de su esposa, en su voz suave y sonora, en el prestigio de su sueño, y sobre todo en la magia de los celos que resucitan amortiguadas pasiones, existian otros tantos incentivos y despertadores del entusiasmo que un dia le inspiró la Reina. Indignábale al propio tiempo la alevosa conducta de don Beltran, que no contentándose segun el ensueño de doña Juana con atentar al relumbrante y purísimo honor del solio, trabajaba por encender el odio en el pecho de su esposa, refiriéndole como sospechoso un suceso casual y en el que la destronada Princesa habia procedido con aquella elevacion que sabia comunicarle el subido tem-

ple de su alma. Al recordar el nombre de Blanca no pudo menos de exhalar un suspiro, imaginando que tendria que suscribir al infortunio de la inocente hermosura, por la gloria de su corona atacada por poderosas facciones y por la propia tranquilidad de su alcázar, donde el rencor y los celos de su actual esposa turbarian su paz, si se negaba á llevar á cabo la ruina de la Princesa de Navarra. Tal era el carácter de Enrique: enternecido y enamorado en presencia de Blanca, juró en su interior defenderla á todo trance y sacarla del poder de los raptos; y olvidando en su ausencia estos juramentos, pensaba solo en la beldad que tenia delante de los

ojos, cuyos atractivos no echaria menos quizás admirando los nuevos encantos de alguna de sus damas.

Pero en aquel punto poseida tan solo la imaginacion del objeto que tan fuertemente la heria, y llagado el corazon por el recelo de la rivalidad de don Beltran, parecíale el mundo árido y despreciable sin el aliciente del cariño de una esposa, cuyo ingenio y belleza representábansele en el mas ventajoso punto de vista. Prestando pues segunda vez oido al diálogo de doña Juana, oyó que decia así, cual si contestára don Beltran.

= Locura es creer que el Rey ponga en olvido á su apuesta fa-

vorita, y se resuelva á sofocar con un veneno la sierpe de la revolucion; y peligrando entretanto la preciosa vida de vuestra Magestad, no puedo dejar de deciros, que por mas cruel que seais conmigo, debeis al menos otorgarme la gracia de ser vuestro paladin. Con lanza en ristre y señalando el mundo entero por palenque, iré por todas partes arrojando el guante á vuestros enemigos, y obligando á los mas famosos aventureros de todos los paises, á confesar que no existe, ni puede existir hermosura igual á la sin par Soberana de Castilla doña Juana.

= Para no parecer ingrata al interes que en mi desgracia te tomas, concédote el favor que me

pides: ya que mi Enrique es el caballero de Blanca, y ¡ay de mí! ninguno tengo que me defienda.

La Reina al suspirar dió un fuerte grito é hizo como quien despertaba de un pesado sueño: habia durante el diálogo vertido algunas lágrimas que todavia bañaban sus mejillas; y alzando la cabeza de la palma de la mano en que descansaba, revolvió los ojos como si registrára con ellos el aposento. Al ver al Rey, levantóse de la silla y entreabriendo sus labios al impulso de mágica sonrisa adelantóse adonde estaba aquel, é imprimió en su frente el ósculo de conyugal amor. Correspondió su Magestad á esta caricia, y con tono amante y quejumbroso inter-

rogóla si habia descansado de las fatigas de la caza en brazos del delicioso sueño que la poseía.

= ¿Y por qué le llamas delicioso, Enrique mio, le preguntó la Reina?

= Siempre es grato el sueño despues del cansancio, respondió el Soberano; pero lo es mucho mas cuando nos recuerda escenas alegres que hemos presenciado, ó nos pone á la vista objetos que nos son caros. ¿No es verdad, esposa?

= Algun misterio envuelven tus palabras, Enrique; porque...

= Porque traen á tu memoria el amoroso ensueño que ha ocupado tu imaginacion: la interrumpió el Rey.

= Pero ¡cielos! ¡cómo has po-

didó saberlo, exclamó doña Juana!  
 ¿Hate enseñado el Marques de los  
 Valles los secretos de su magia?

=Tú misma, repuso Enrique,  
 lo has explicado por palabras ha-  
 blando lo mismo que soñabas.

=¿Es posible! gritó la Reina  
 con el semblante inmutado cual  
 si realmente la sorprendiera seme-  
 jante nueva. ¡Ah Enrique, amado  
 Enrique! añadió prorrumpiendo  
 en abundante llanto y colgándose  
 de su cuello.

Los suspiros, las lágrimas y la  
 convulsion violenta de doña Juana  
 no solo causaron una fuerte im-  
 presion en su esposo, sino que lle-  
 garon á persuadirle que la sensi-  
 bilidad de la Reina, afectada por  
 la pasion celosa, podria serle fu-

nesta y acabar con su vida si no procuraba tranquilizar el agitado espíritu. Y así tomándole su mano con un interes extraordinario, le dirigió esta pregunta brillando en sus ojos el cariño mas acendrado.

= ¿Qué tienes, amada esposa?

= Dices que has oido mi ensueño, le contestó la Soberana de Castilla, y me preguntas ¿qué tengo? ¡Ah esposo mio! ¡qué lejos está de merecer tu olvido un corazon que de dia en dia te ama con mas vehemencia! Corre, infiel, corre al monasterio donde se alberga el señuelo de tu alma, y traza de acuerdo con Blanca planes para arrojarme del trono y volver á sentar en él á esa hermosísima Señora de tus pensamientos. Ahora

conozco por qué la ponzoña con-  
que acabas de deshacerte de tu  
hermano no ha llegado á la Prin-  
cesa, no obstante ser la cómplice  
de la misma revolucion que con-  
vierte en rios de sangre y en mon-  
tones de ceniza los ópimos campos  
de Castilla.

Aumentábanse el temblor, la  
palidez y los frenéticos movimien-  
tos de la Reina á medida que pro-  
nunciaba estas palabras: copioso  
sudor bañaba su frente fria como  
el soplo del cierzo: habíase troca-  
do en nieve el rosado color de sus  
labios, y las rizadas crenchas que  
ondeaban á su espalda tomaban  
su natural figura, como si el vio-  
lento despecho que mostraba es-  
tirára cada uno de los caballos y

lo tornára á su pristina y perpendicular posicion. Besaba unas veces la diestra del aterrado Rey, otras le alejaba de sí dándole en rostro su inconstancia, y haciendo alternar las caricias con las quejas, representaba aquel amoroso desorden de ideas que enagenando la mente trastorna sus facultades.

= ¿Dudas, Juana, preguntó Enrique, del cariño de un esposo á quien tantos sacrificios costó unirse contigo? Si una tropa de bandidos me ha encontrado en la puerta del monasterio y en compañía de la Princesa, no ha sido mia la culpa, sino de los rebeldes y revoltosos militares que me abandonaron al cerrar la noche, obligándome á acogerme á un santuario é igno-

rando quien lo habitaba. ¿No basta haber desceñido de la cabeza de Blanca la real diadema para colocarla en tus hermosas sienes, que ansias aun privarla de la existencia, único bien que le resta en el mundo? Y como si no me atormentáran ya los negros remordimientos, recuérdasme el nombre de un hermano....

= Sí, Enrique, traigo á tu memoria no á un hermano, á un traidor que conspiraba contra los dias de ambos auxiliado por el partido de esa sirena que embarga tus sentidos. No olvides la afrenta que manchó tu reputacion junto á los muros de Ávila: tu augusta estatua fue despojada por un verdugo de las reales insignias, y arrojada del

cadalso con vituperios y escarnios. Ese que tú llamas hermano, presenciaba tan escandaloso atentado con la sonrisa en los labios, y el cetro que arrebataban de tu diestra depositábanlo en la diestra de Alonso. No circula por tus venas sangre real, si no sientes con este recuerdo encendido el corazón, é inflamados tus deseos de venganza.

= ¡Ay de mí! exclamó Enrique: ¿por qué avivas en mi alma un odio que deseaba extinguir? ¿Inundaremos de sangre los castellanos campos, perpetuaremos la discordia y atizaremos los furibundos bandos que nos rodean para gloriarnos de una venganza baja? ¿No es mas noble perdonar los agravios, poder

y no vengarse en obsequio de la Patria?

= Monarca débil , replicó con encendidos ojos doña Juana, ó no conoces el placer de humillar á los orgullosos por miedo de que te venzan, ó el amor de esa Princesa á quien un dia llamaste esposa te arrastra al precipicio, y borra de tu mente la idea de lo que se debe á sí mismo un Soberano. ¿Qué importa que arda Castilla, y que sus hijos descendan á millares á la tumba, si conseguimos al presentarnos el que tiemblen nuestros enemigos y que no hallen uno solo que los albergue en la mas oculta cueva de los montes por no caer en desgracia nuestra? Pero no, esposo desleal ; quizás tú propio

has trazado el plan de esta revolucion para sacrificarme en las aras de esa funesta belleza. ¿Por qué no se ha de desprender de las nubes un rayo que me aniquile? ¿Para qué quiero vivir si tú ya no me amas? ¿Es este el galardón que merece el cariño que te profeso? ¡Ciega de mí que te juzgaba incapaz de engañarme, de poner en olvido lo mucho que me debes!

= Así diciendo dejóse caer de golpe doña Juana sobre la silla que ocupaba antes, ocultando sus lágrimas y sollozos con el pañuelo. Parecía entregada al último extremo de la desesperacion y rodeada de las furias: el Rey no podía resistir á la ternura que aquella escena le inspiraba, y por otra

parte en el estado en que la Reina se hallaba debia creerla dispuesta á todo: tanto era el dolor que en sus extremos declaraba. Enrique cuyos defectos eran mas bien obra de su inconstancia y de la perversidad de su ministro que de torcidas inclinaciones ó estragado corazon, hubiera prodigado con gusto la mitad de la sangre que circulaba por sus venas para tranquilizar á su esposa. Inclínese pues con muestras de singular ternura, y tomando entre las suyas una mano de Juana, le habló así.

=No te atormentes con tanta crueldad, amada mia; tu Enrique jura respetar tu voluntad, cualquiera que sea con respeto á la Princesa de Navarra. Si únicamen-

te su fin puede restituir la felicidad á tu pecho, consiento en que cese de existir. Sin embargo, te ruego que antes de pronunciar su sentencia, consideres á sangre fria las circunstancias que nos rodean: juro, ya lo he dicho, poner en tus manos su suerte.

El Soberano de Castilla pronunció con balbuciente lengua las últimas palabras; porque preveía que con ellas condenaba á muerte á la desgraciada Princesa, cuyas pacíficas virtudes habíanle hecho feliz durante el tiempo que reinó con ella: y solamente su debilidad unida á la pasión que le inspiraba Juana pudo arrancarlas de sus labios. Cual si despertára de un profundo sueño, ó cual si enmedio

de los mas penetrantes dolores sonára en sus oídos la mágica campana de la felicidad celeste, levantóse estática la Reina al oír á su esposo, y prodigándole instantáneamente cien y cien caricias á cual mas afectuosa, le interrogó.

=¿Y confirmas, adorado Enrique, con tu real palabra lo que acabas de ofrecerme?

Dijo, y alzando los rutilantes y lagrimosos ojos, y fijándolos en los del Rey, dejó ver una suavísima sonrisa de amor que embriagó aun mas en el delirio de su pasión al Monarca castellano.

=Lo confirmo con mi real palabra, repitió Enrique: y el sonrosado color que animaba sus mejillas apagóse de repente, tornán-

dose pálido y amarillento: no pudo sostener su erguida cabeza, y como si la abrumára el peso del crimen la inclinó al suelo. Probó en seguida á mover la pesada planta, y entorpecida por el frio del primer remordimiento negóse á andar: se sentó pues junto adonde estaba su esposa, y pasando por la frente su mano para recoger el sudor que manaba, suspiró involuntariamente. Acababa de sacrificar á los celos de la Reina á la muger que en algun tiempo recibió legítimamente sus caricias; y para carecer hasta de los medios de libertarla habia afianzado el sacrificio con su real palabra. Observábale Juana sin dudar el motivo de su arrobamiento; pero si habia

logrado ya el resultado de sus estudiadas maquinaciones, ¿qué le interesaba lo demas? Que espire mi rival, decia entre sí, y que sus partidarios aprendan con este ejemplo la suerte que les reserva la poderosa Soberana de Castilla. Ensoberbecida con esta idea de su omnipotencia con Enrique, mirábale con afecto aguardando que rompiese el silencio en que yacía, para endulzar con suaves y halagüeñas caricias su tristeza. Pero el Rey habia caído en una especie de abatimiento y de letargo tan funesto, que apenas correspondia con melancólica sonrisa á los halagos de su esposa.

=Me siento indispuerto, amada de mi corazon, le dijo Enrique,

y voy á retirarme: el violento dolor que experimentabas me ha afectado demasiado. A dios, esposa querida.

=No, mi consuelo, le respondió la Reina; quiero acompañarte y no separarme de tí mientras no te alivies. ¿No has procurado tú endulzar mis penas? pues debo yo suavizar tambien las tuyas.

Los ojos de los dos Reyes encontráronse al levantarse de su asiento para dejar aquella estancia; pero en su mirada no brilló la suave antorcha de himeneo, sino el inquieto recelo que apenas se detiene en los objetos en que se fija. El Soberano pasó su brazo por el de doña Juana como si necesitára apoyarse, detúvose

unos momentos para hablar; pero triste y abatido por un pensamiento único que le aquejaba, principió á caminar con desiguales pasos. Mas satisfecha que su esposo, pero atormentada tambien por una secreta inquietud que no podia tener á raya, alejóse la Reina del teatro de sus intrigas. En el momento mismo de su triunfo, cuando el almíbar de la victoria dulcificaba todavía sus labios, no era venturosa: ¿cuándo es pues feliz el vicio? ¡ Ah! nunca: seguido siempre de las zozobras y precedido de las sospechas, no prueba sino las espinas de la rosa; que su fragancia está destinada á la amable virtud.



## Capítulo Quinto.

### EL VATICINIO DE AUSIAS

MARC.



LA prision de Blanca en el castillo del Marques no pudo ocultarse largo tiempo á la sagacidad de sus partidarios; y los mismos hombres de armas que habíanla arrebatado del monasterio, gloriá-

ronse en palacio de haber cometido tan enorme crimen. Entre los entusiastas y admiradores de la Princesa de Navarra sobresalía la lindísima Infanta doña Isabel, hermana de Enrique cuarto, la que despues de luengas y tempestuosas guerras y sangrientos choques, dada su mano al Rey Fernando, subió al solio de Castilla. Hermosa como aquella griega que al salir de las espumosas ondas del Eleusis inspiró á su ilustre autor la idea de retratar en sus gracias las de Venus, y adornada con las brillantes prendas que tan glorioso hicieron su reinado, aquel reinado en que la espada española reconquistó la dulce libertad de su patria arrojando los árabes á África, y

en que Colon descubrió un mundo nuevo ; aparecia en su juventud con el mágico prestigio que comunican á la belleza el ingenio y la sal del language. Por su noble ternura era al propósito para los suaves desahogos de la amistad , y hallaba en su trato tantos consuelos la desgracia, tanta amabilidad su sexo, tantos atractivos el hombre, que á semejanza del sol á cuyo rededor giran bellísimos planetas , reunia en torno suyo los talentos que mas sobresalian en las artes y las ciencias, las mas célebres bellezas de Iberia y las personas mas recomendables por sus acrisoladas virtudes. Si con el tiempo la ambicion de la gloria y ardientes pasiones, hijas de una ima-

ginacion exaltada por el bien, disminuyeron en algun modo el brillo de tamañas dotes, no por eso es menos verdadero nuestro retrato, pues copiamos los rasgos característicos y privados de Isabel siendo Princesa, y no los lineamentos políticos de la primera Soberana que empuñó el cetro de dos mundos.

Desde que Blanca vino á Castilla á ocupar el regio tálamo de Enrique, unióse por los vínculos de la mas estrecha amistad con Isabel: pensamientos sublimes y generosos en ambas, simultáneas inspiraciones de elevacion y virtud, ardor y entusiasmo por las gloriosas empresas, dieron nacimiento á un cariño puro y entra-

ñable que la muerte no pudo apagar. La que tanto habia admirado la pureza de Blanca de Navarra, no podia mirar con alegres ojos las relajadas costumbres de Juana, que trastornando las antiguas usanzas de palacio, y haciendo que el favor reemplazase al mérito, habia viciado y corrompido el aire puro que antes se respiraba bajo la regia techumbre.

Isabel empleó con su hermano Enrique los ruegos, las lágrimas y el ascendiente del cariño cuando traslució el plan que habia concebido este de repudiar á su primera esposa, y elevar al soberano trono á una Princesa que aun antes de empuñar el cetro de Castilla habíase distinguido ya con amo-

rosas aventuras y con una estremada ligereza. Pero conoció bien pronto que no era su hermano quien arrojaba á Blanca del trono, sino su favorito; y que estando el primero dominado por el segundo, nada lograría contra sus perversos consejos. Entregóse entonces al dolor viendo á su querida amiga en el borde del precipicio y sin poder alargarle la mano: procuró suavizar la amargura de Blanca con sus protestas de eterna adhesion, y aun hubiérala acompañado á todas partes y partido con ella su desgracia, si las severas órdenes de Enrique no se lo hubieran estorbado. Pero cuando llegó el momento de separarse de ella la destronada Princesa, cuan-

do ambas amigas trémulas, bañadas en llanto y con los brazos abiertos pronunciaron el último adios, parecieron entregadas al mas violento despecho; y los viles palaciegos ejecutores de aquella maldad tuvieron que volver el rostro por no dar muestras de flaqueza al sentirse tan conmovidos como Isabel y Blanca. Quedaron separadas aquéllas dos mitades de una misma alma, aquellas dos jóvenes encantadoras, dulce esperanza de la patria, y tan dignas ambas de sentarse bajo el dosel del castellano solio.

Desde entonces Isabel nada supo de Blanca: habíale esta ocultado sus planes de vestir el hábito de un monasterio, porque la Infanta

le aconsejaba que reuniendo sus parciales reconquistase con la espada unos derechos á que no podia renunciar sin hacerse culpable. Trabajó infinito por descubrir el paradero de su amiga; pero envolvía su suerte un eterno secreto, y los gefes mismos del bando del desgraciado Alonso, que alentados por la Infanta proclamaban á la Princesa, ignoraban si en efecto existía el blanco de sus deseos. Principiaba ya Isabel á sospechar su muerte creyendo que á imitación de Alonso habríanla envenenado en algun extremo de la península, cuando la visita de doña Juana al monasterio que ocultaba á Blanca, y el rapto de esta por los mercenarios guerreros del Mar-

ques de los Valles, revelaron su destino, despertando en los corazones sensibles el entusiasmo y la admiración por una Princesa, cuya modestia y preclaras virtudes habíanla obligado á sepultarse en un convento huyendo de las aclamaciones tributadas á su nombre. Mas á Isabel agitáronla otros temores: conoció que la seguridad de Blanca habia dependido hasta entonces del misterioso asilo en que habia existido, y que al salir de nuevo á pública luz su vida correria mayores peligros, atendidas las circunstancias que rodeaban á la Córte, amenazada de continuo por los furibundos partidos que juraban con las armas en la mano vengar tantos crímenes y

desastres cometidos por el Marques de los Valles y don Beltran de la Cueva. Y cuando supo que las cadenas del osado ministro aherrojaban en su castillo á la hermosa Princesa, adivinó el trágico fin que la aguardaba, y los prolongados tormentos que tendria que sufrir bajo del poder de un malvado.

Isabel desde el principio de las revueltas habíase manejado con una política sagaz y feliz: la muerte de su hermano Alonso habíale mostrado lo que podia esperar de un palacio infestado de delitos; y conociendo que nada valian con gente tan infame la dulzura y la suavidad, habíase revestido de una soberanía imponente que les infun-

dia terror. La Reina doña Juana y el Marques mirábanla de mal ojo; pero temian al propio tiempo á sus talentos y al amor que le profesaban los mismos que les servian de instrumento, y un dia amenazó la Infanta al palaciego con que el mismo que habia emponzoñado á su hermano emponzoñaria al Marques, si ella se dignaba darle la órden. Ved aquí el motivo por qué transigian en cierto modo con Isabel, procurando no disgustarla en asuntos de poco interes, y dándole repetidas muestras de aprecio y confianza.

Bien cierta de que el ministro de Enrique IV no se atreveria á negarle una entrevista con su pri-

sionera, presentóse una noche en el castillo solicitando la entrada; y don Juan Pacheco, al observar que la acompañaban en vez de guardias los mas poderosos Señores de la Córte, y todos amigos suyos, inclinó la cabeza y ordenó al castellano del fuerte que condujese á su Alteza al aposento de la ilustre cautiva. Verdad es que corrió en seguida á colocarse tras los lienzos que servian de pared, como llevamos dicho, á la estancia, receloso de que hubieran trazado alguna conspiracion contra su vida; y no perdió una sola sílaba de la conversacion de las dos amigas.

Era media noche; y Blanca que no se habia desnudado desde que

habitaba el castillo , aguardando siempre con resignacion é incertidumbre el momento de su muerte, habia recostado la cabeza sobre una mesa para conciliar el sueño y pagar este tributo á la naturaleza. Un eterno silencio reinaba en torno suyo, interrumpido solo á intervalos por el graznido del cuervo ó el siniestro canto de nocturnas aves : el cielo resplandecia sereno y claro , recamado de relucientes estrellas que caminaban con presurosos pasos á Occidente, despidiendo una trémula y argentada lumbre. Las sombras encubrian las cimas de los montes, y no se distinguian los valles celados por espesas tinieblas, que parecian haber ten-

dido fúnebres alfombras sobre la espaciosa tierra.

Un funesto ensueño agitaba y conmovia á la Princesa de Navarra: juzgaba que lúgubres pages vestidos de luto le servian envenenadas copas, y que al experimentar los tormentos de una prolongada agonía, presentábase doña Juana en el salon del castillo riendo é insultando sus últimos momentos. Y cuando se esforzaba herida por esta idea en alejarse de la presencia de su enemiga, despertáronla el hórrido chillido de los cerrojos, y el rechinar de los quicios de la puerta que súbito se abria. Bañada en un sudor frio, y todavía dominada por la imágen de tan triste sueño, levantóse

gritando: «Venga esa fatal copa y libradme del horror de nuevos dolores.»

¡Blanca, amada Blanca, dijo una voz dulce y afectuosa!

— ¡Es Isabel, respondió la Princesa! y recibiendo con los brazos abiertos á la Infanta que se precipitó en ellos, perdió el sentido con la fuerza del gozo.

La apuesta hermana de Enrique IV al percibir la fria inaccion de Blanca, al ver que no contestaba á sus preguntas, y que el calor huía de sus delicados miembros, lanzó agudos gritos de desesperacion, y casi se arrepintió de haber venido á presenciar el lastimoso fin de la mas amable de las mugeres. Procuraba con sus

ardientes besos y con su balsámico aliento tornarla á la vida y restituir el vigor y el espíritu á sus inmovibles miembros: apretábale cariñosamente las manos, limpiaba el sudor de su frente y desceñíale el cabello con amorosa solicitud. Los halagos de la linda y tierna Isabel volvieron las vitales fuerzas á la Princesa, que abriendo los ojos y clavándolos en la compañera de su pasada felicidad, exclamó con acento débil y apasionado.

— Ya desprecio la muerte, pues he disfrutado hasta el suave consuelo de ver por última vez á mi querida Isabel.

Luego que pronunció estas palabras inclinó la cabeza sobre el

hombro de la Infanta, y prorumpió en abundante llanto, que tributaba á la amistad y al puro y desinteresado amor que habia siempre profesado á su amiga. Por unos instantes confundiéronse las lágrimas de ambas, y la voz pegada á la garganta no les permitió articular acento alguno como deseaban, para desahogar mutuamente el peso que oprímia sus corazones. Pero la Infanta conociendo cuánto afectaba á su compañera aquel extremo de sensibilidad, procuró recobrar la calma, y tranquilizando como mejor pudo á la Princesa, le dijo.

= Mi venida serviria solo para aumentar tu afliccion y tus pesares si siguiésemos dejándonos lle-

var así de la amargura del infortunio que te aflige. Mejor es que tratemos de los medios de salvarte, y que procures manifestarme en qué fundas los temores que has concebido por tus días.

Entonces la Princesa de Navarra refirió á la que habia sido su hermana los acontecimientos que le habian sobrevenido desde su llegada al castillo; y aunque esta al oír la sentencia de los magos no dudó el que era imposible libertar á Blanca, contestóle sin embargo. = Aun nos restan muchas esperanzas, hermana mia; porque los mas célebres paladines de Castilla correrán á mi voz á enristrar la lanza en tu defensa,

y no vacilarán en derramar su sangre en honor de la belleza y de la inocencia oprimida, como juraron al calzarse la espuela de caballeros. ¿Haste olvidado por acaso del dulcísimo amor que te tengo, de la noble union en que estuvieron nuestras voluntades mientras vivias en el augusto alcázar donde nací? ¡Ah hermana querida! ¡qué lejos estábamos de creer en la cumbre del poder y de la gloria, que un solo ministro era bastante para causar tamaños males y guerras tan sangrientas! Pero mira, iré de pueblo en pueblo por toda España, volaré en alas de la amistad llamando á los guerreros y á los Reyes de todos los Estados, y les representaré con las lágri-

mas en los ojos la sinrazon é injusticia con que un pérfido palaciego pretende cortar el hilo de tu dulce existencia.

= ¿Y qué conseguirás, gritó doña Blanca, si está resuelto por el cielo que sea yo la víctima destinada al sacrificio? ¿Qué genio maléfico trajo á la Reina doña Juana al humilde monasterio donde habia determinado sepultar mi nombre y mi vida? ¿No conoces que la funesta estrella que me persigue saciaráse solo con ver mi cadáver presa de las aves de rapiña? Cuando una infeliz muger nace destinada á las oscilaciones de la fortuna y á ser el blanco de la venganza, inútil es defenderla: la égide del Omnipotente podria

solo ponerla á cubierto de los tiros de la desgracia.

=No te aflijas así, querida Blanca, la interrumpió la hermana de Enrique IV: ¿será posible que el infame Marques lleve su rencor á tan alto punto? La imaginacion nos abulta y exagera demasiado los objetos, y lo que á nosotros parece irremediable tiene á las veces un dichoso é imprevisto desenlace. ¿Juzgas tú que gemirias ahora bajo el peso de esas cadenas, si hubiera sabido yo antes el lugar donde te albergabas? Me ocultaste, cruel, los designios de encerrarte en un convento, por una generosidad mal entendida; y el no haberme querido declarar este proyecto, arranca al presen-

te amargas lágrimas á nuestros ojos. O pereceremos juntas, ó te salvaré. Tus partidarios vendrán en numeroso tropel seguidos de mis amigos; y los castellanos, los honrados pechos que amen la virtud y la justicia, no podrán menos de interesarse en tan honorífica lucha.

= Si conocieras, dulce Isabel, exclamó la Princesa, el malvado corazón del Marques de los Valles, no soñarías en el delirio de la amistad tan suaves consuelos. Quédanme pocas horas de existencia, porque un secreto convencimiento persuádeme la proximidad de mi fin; pero aunque un imprevisto acaso prolongára el día del sacrificio, la llegada de un solo guer-

rero á las inmediaciones de este castillo, haria caer la cuchilla que amenaza mi cabeza en el instante mismo en que fuese descubierto. El impuro amor que abrasó al ministro de Enrique, hase trocado en fria tiranía y meditado odio. Créeme, Isabel mia, nos vemos por última vez: tus ojos no se detendrán mas tiempo en los míos; y la consoladora sonrisa del cariño no animará mis labios.

Hablando así la Princesa de Navarra tomó á su amiga la mano, acercóla á su boca, é imprimiendo en ella repetidos ósculos, túvola agarrada algunos instantes, hasta que por un simultáneo movimiento tornáronse á precipitar la una en brazos de la otra, y á

sollozar y exhalar profundos suspiros, y unidas así prodigáronse nuevos cariños: á la manera que la verde vid plantada al pie de un pomposo nogal ásease al tronco, y abrazando las ramas y enredándose por ellas forma á la vista del viajero la imágen de un solo árbol con dos distintas hojas y dos diversos frutos. La suave melancolía de las Princesas, su ternura, sus cariñosos ademanes y la amorosa posicion en que permanecian, hubiera escitado el interes de una alma menos dura que la de el péfido ministro que las contemplaba por detras del pintado lienzo que servia de pared. Mas en su vil alma solamente despertaron una idea; la de apresurar su venganza-

za para no dar tiempo al partido de los amigos de ambas Princesas á que corrieran á libertar á su prisionera. Y conocidos ya los planes de la hermana del Monarca castellano, alejóse de aquel sitio con callados pasos para reunirse á los señores que la habian acompañado y ofrecerles una suntuosa y variada cena.

=¿Te acuerdas, añadió Blanca, de cuando nos reuníamos ambas en compañía de mi hermano el Príncipe de Viana y del tuyo el Infante don Alonso en el jardin de palacio? Los dos Príncipes han perecido ya, y aguardannos sin duda en mas hermosos alcázares, y en un mundo donde la maldad no puede desordenarlo todo y pre-

cipitar á la dulce inocencia. ¿Pero no admiras el grandioso espectáculo que se ofrece á nuestros ojos? ¿No percibes á lo lejos los melifluos sonidos de una lira? Quizás será algun trovador que viene á anunciarme mi destino.

Los primeros rayos de la rosada aurora doraban entonces las lejanas nubes, y cien y cien coros de pintados pajarillos entonaban con sus arpadas lenguas el himno universal de admiracion y loor á la soberana lumbre. El sutil velo que ocultaba los montes y los valles rasgábase herido por las trémulas ráfagas de desprendida luz, y el plateado y ondisonante Tajo corria estrellándose con nuevo esfuerzo bajo gárrulos y undívagos

pabellones de verdes cañas. Los árboles y las plantas llenos de gotas de balsámico rocío brillaban á cierta distancia, formando un maravilloso contraste las gradaciones de los varios tintes de verdura con el argentado color de las gotas del rocío. Encumbrábanse por el abierto cielo las soberbias águilas haciendo resonar sus magestuosas y níveas alas, y confundíase este sonido con el estrépito de las vertientes y cascadas derrumbándose á los valles desde empinadas rocas.

En medio de este sublime cuadro, y sobre la cima del cercano monte, veíase sentado y con la lira en la mano un varon de respetable rostro, en cuya serena

frente y relucientes ojos traslucíanse los rasgos característicos del ingenio. Su blonda y rizada cabellera caída sobre la espalda contornaba la magestuosa cabeza: una rama de laurel coronaba sus sienes blancas como el ampo de la nieve; y en su súbita y elevada conmoción leíase el fuego del entusiasmo, la sublime inspiración que le poseía.

= ¿Le ves, preguntó Isabel? Es el amigo de tu hermano, es el célebre trovador valenciano Aúsius Marc.

= Le reconozco, contestó la Princesa, por su cabellera y sus nobles facciones. Pero va á cantar: guardemos silencio.

El vate entonó al son de su lira los siguientes versos:

## LAS GLORIAS DE ESPAÑA.

Luce la hermosa estrella,  
Cuya trémula lumbre  
Del alba la primer sonrisa escita:  
¿Quién es la Ninfa aquella,  
Que del monte en la cumbre  
Las aureas alas bate, el arpa agita?  
Alzas tu angusta frente,  
O destino potente,  
Y tiembla el hondo suelo,  
Y rásgase del porvenir el velo.  
Negra tormenta y cruda  
Levántase en Castilla;  
La nube inflama pálida centella.  
Retumba el trueno, y muda  
Hincando la rodilla  
Tiernas lágrimas vierte Blanca bella.  
El Dios terrible muestra  
Su fulminante diestra,  
Y el rayo brilla, y hierde,  
Y Blanca es ya ceniza cuando muere.

Así suele saliendo  
 De las ondas brillantes  
 Ajar el sol la cándida azucena,  
 Y su lustre perdiendo,  
 Y sus hojas fragantes,  
 Dóblase el tallo en la floresta amena:  
 Sécala el crudo viento,  
 Y trueca en un momento  
 En polvo su hermosura,  
 Y en humo leve su fragancia pura.

Perdiste, ó triste España,  
 En Blanca encantadora  
 Tu flor mas linda y fulgido lucero.  
 ¿Por qué celeste saña  
 Al tigre no devora,  
 Y abrasa siempre al tímido cordero?  
 ¿Qué nueva luz triunfante  
 Dorará rutilante  
 El trono de Castilla,  
 Si el astro mas glorioso ya no brilla?

¡ O Isabel , esperanza  
 De la Hesperia y su gloria!  
 Tú el cetro empuñarás del patrio suelo.  
 Por tí la ibéra lanza  
 Logrará la victoria,  
 Relumbrante cual sol en aureo cielo.  
 Tú dos cetros uniendo,  
 Dos coronas ciñendo,  
 Elevarás tu frente,  
 Y España una será de ocaso á oriente.

Ya el blando viento ondea  
 Tu real estandarte  
 Del Bétis claro en la aromosa orilla:  
 La espada centellea,  
 Brama el sangriento Marte,  
 Y el agareno dobla su rodilla.  
 A tu voz se desploma  
 El solio de Mahoma,  
 Y nuestra patria amada  
 Libre recobra á la inmortal Granada.

Ya veo el débil pino  
 Cortar el mar salado,  
 Cubierto con la espuma de sus olas:  
 Y al aire dando el lino,  
 Y en la popa sentado,  
 Al turco huir las costas españolas.  
 Corre, huye, no revuelvas,  
 Y de Africa en las selvas  
 Tu vencimiento llora,  
 Que ya en Hesperia el árabe no mora.

El español guerrero  
 De laureles ceñido  
 Ufano empuña el cetro de la tierra.  
 Y al envainar su acero  
 Esclama enardecido:  
 ¿No hay nuevos mundos do llevar la guerra?  
 Si nadie triunfar pudo  
 Del piélago sañudo,  
 Y hallar la opuesta playa,  
 Venciendo muertes nuestra flota vaya.

En vano las tormentas,  
Y escollos horrorosos  
El paso cierran y la mar escudan.  
Tú, gran Colon, alientas  
Sus pechos ardorosos,  
Y ni un punto morir con gloria dudas  
Los hijos de Pelayo,  
Y desprecian el rayo  
De la encendida nube,  
Y el mar airado que á los cielos sube,

El pendon de Castilla  
Luce en un nuevo mundo,  
Y otra diadema del hastil suspende.  
En la remota orilla  
Del Occéano profundo,  
El nombre de Isabel los aires hiende.  
Isabel, dulce estrella  
De nuestra patria bella,  
Que con su luz potente,  
Rompió sus grillos y ensalzó su frente.

América encontrada,  
El Africa vencida,  
Y atada al carro de inmortal victoria,  
España dilatada,  
Y Europa engrandecida  
Harán eterna tu brillante gloria.  
Y al regresar triunfante  
A tu Córte brillante,  
De flores cien coronas  
Te arrojarán doncellas y matronas.

Mientras heria los aires la voz robusta de Aúsius Marc, y resonaba dulcemente su fatídico canto, entregáronse las Princesas á las terribles impresiones que en su ánimo causaba. La dulcedumbre de la lira suavemente pulsada, el desórden del vate durante el arrobamiento de sus facultades, la salida del sol cuyos primeros rayos venian á dorar la frente del trovador, la altura en que se hallaba, y sobre todo la terrible magestad de su vaticinio inflamaron el entusiasmo y escitaron la sensibilidad de las hermosísimas amigas. Mirábanse atónitas y con pasmado semblante: la idea de la futura gloria coloraba de carmin las mejillas de Isabel, y la certeza de la

vecina muerte, siempre funesta al alma humana, habia tornado pálida la rosada tez de Blanca. Asidas de la mano y con los ojos clavados en el vate, veíanle descender de la elevada cumbre sin atreverse á romper el sepulcral silencio en que yacian: ¿qué podian decirse en tan extraordinaria situacion? El destino habíalas unido con lazos indisolubles de amistad, y el destino las condenaba ahora á tan distinta suerte. Mientras la tumba se abria para reducir á polvo los encantos de la una, elevábase un trono omnipotente donde debia sentarse la otra, cercada de los halagüeños clarines de la fama y de los mágicos cantores de Apolo, que reyelarian á los venideros si-

glos sus ínclitas hazañas y esclarecidas virtudes. Cual suelen plantados al nacer la luna de otoño crecer iguales dos frondosos mirtos, y tal vez enlazarse sus ramas paralelas y tenderse por la fresca orilla del cristalino arroyo, y de repente el hacha del hombre destruye al uno por la raíz cortando su tronco y dejando al otro retoñar y florecer para ornato del prado, no de otra manera la inconstante fortuna poniendo en la cabeza de Isabel la diadema que brilló en la de Blanca, ensalzaba á la primera, y lanzaba á la segunda al olvido y á la oscuridad.

Habíase ya perdido de vista el sublime trovador, cuando la Princesa de Navarra despues de ha-

ber exhalado un suspiro exclamó.  
—¿Lo has oído, querida Isabel? El amigo de mi familia, el aúgur de los futuros acontecimientos confirma mis propios temores. Pero moriré feliz, porque moriré con el consuelo de que mi amada Castilla proclamará Señora suya á la mas virtuosa y linda de las Princesas, á mi adorada amiga. No olvides nunca, Isabel, lo que debes á tu hermano Enrique: no le abandones si la suerte se encarnaiza contra él. Sus estravíos nacen de demasiada bondad de corazon; y sin pérfidos consejeros que lo estraviaron, hubiera sido el ornamento del trono y el modelo de los esposos. Ámale como hermano y protégele como á amante

mio: quizás alguna vez el recuerdo de mi existencia y de mi infortunio turbará la felicidad en medio de los gloriosos triunfos que te aguardan. Yo los presenciare desde el cielo, y rogaré al Soberano autor de la naturaleza que eternice tu ventura y llueva sobre tu reinado el balsámico consuelo de hacer felices á los pueblos que gobiernes. Sí, amiga mia; el placer mas puro que puedes gozar en el trono, el suave contentamiento que tranquilizará tu espíritu en medio de las borrascas de palacio, será la certeza de que millones de hombres te son acreedores de su dicha. No te desdienes desde tu elevacion de arrojar una mirada benéfica á las ca-

bañas de los desdichados: ellos existen como nosotros, sienten en su pecho la llama del amor, las necesidades de la vida, y esperan impacientes que el orgulloso poder recuerde su existencia y les tienda una mano consoladora.

=; Qué ideas tan tristes, hermana mia, respondió la Infanta de Castilla! ; Me hablas ya para cuando hayas dejado de respirar, para cuando halle yo en vez de una amiga memorias vagas y polvo sutil! Eterno Dios, siguió Isabel doblando las rodillas, compadeceos de mi amiga, ella no merece la suerte que el crimen le prepara. Trocad nuestros destinos, viva Blanca venturosa y en los

brazos de su Enrique , y muera Isabel sola y desgraciada.

La Princesa de Navarra la levantó en sus brazos, y poniéndole el dedo en los labios le pidió que guardase silencio y que no vertiese inútiles lágrimas. Pero el dolor de la tierna jóven era estremado, y solo pudo moderarle la presencia de Aúsius Marc que con melancólico semblante y con la lira suspendida á la espalda entró en el aposento con tácitos y pausados pasos.

Habiendo sabido la suerte de la Princesa venia en busca suya á darle el fúnebre adios de su hermano el Príncipe de Viana con quien habia vivido el vate en estrecha union, y á quien no habia

abandonado hasta recoger su postrer aliento. Aterrada la noble alma del poeta valenciano con los desastres de Navarra y de Castilla y con la muerte de su envenenado bienhechor, regresaba á las plácidas márgenes del Turia con la esperanza de ver el hogar paterno y los deliciosos campos que sostuvieron su cuna. Al entrar en el castillo pidió permiso al Marques de los Valles para comunicar á la ilustre prisionera las últimas órdenes de su malhadado hermano: y como entonces un vate de la celebridad de Aúsius Marc era mirado como un hombre extraordinario, como un profeta, el ministro hubiérase creído degradado á los ojos de los mismos magos

si reusára pagar esta especie de tributo de admiracion á la divina ciencia de la poesía y al levantado ingenio que la cultivaba. Otorgó pues á Marc su licencia para hablar á Blanca: y éste enagenado con la memoria del amigo que habia perdido y cuya hermana iba á ver, subió conmovido las estrechas gradas de la angosta escalera que conducia á la estancia de la Princesa.

El desgraciado Príncipe de Viana, dijo el poeta lemosin á Blanca, me encargó al tiempo de espirar fuese el intérprete con vuestra Alteza de sus postreros sentimientos. Cuando ya la muerte alzaba su fatal guadaña para descargar el golpe, sentado el Príncipe en el

doloroso lecho, la cabeza moribunda recostada sobre mi hombro y ambas manos plegadas, dirigia fervorosas súplicas al Omnipotente Dios por la felicidad de su amada hermana: y el último nombre que pronunciaron sus helados labios fué el vuestro. Siento, Señora, aumentar los pesares de vuestra Alteza con tan tristes nuevas: pero juré á la amistad manifestaros su fiel cariño, y queda cumplida mi terrible mision.

Calló Aúsius Marc, porque háiale exaltado la lúgubre memoria de su bienhechor, y sus hinchadas venas y trémulos labios daban indicios del dolor que le causára su pérdida. Paseóse con veloces pasos por la estancia para

procurarse algun desahogo y calmar el enagenamiento que experimentaba: pero las lágrimas de Blanca y los desesperados ademanes que hacia excitábanle de nuevo mayor interes.

= ¡Desgraciada familia, gritó la Princesa! ¿Que maldicion celeste te ha aniquilado y ha reducido á ceniza tu tronco y tus vástagos florecientes? Todos han desaparecido de la escena, ¡Dios mio! resto yo sola, y ya toco el borde del abismo que me espera. No, no tardaré, hermano mio, á abrazarte: en la morada celestial nos reuniremos otra vez, y nuestra tierna madre imprimirá en nuestras mejillas el ósculo de amor materno.

= Consolaos, Señora, dijo rom-

piendo el hilo de tan melancólicas ideas Aúsius Marc: las almas grandes deben mirar con insultante menosprecio el pálido semblante del infortunio. Despues de haber caminado vuestra Alteza sobre flores durante las primeras auroras de su juventud, os destina la fortuna á marchar con pie desnudo por encima de agudas espinas. Eclípsase el esplendor de las familias y perecen los ilustres linages, como los imperios: el carro de los siglos pulveriza con sus pesadas ruedas de hierro las pirámides mas suntuosas, é iguala con la tierra que cubre á un pastor la sublime tumba del emperador de oriente. Pero su poder no alcanza á sepultar en el olvido las

ínclitas virtudes y los enormes crímenes: la historia eterniza las primeras en sus páginas para honor del mundo y emulacion de las venideras edades, y escribe los segundos con hiel y sangre para oprobio de sus autores. Regarán vuestro sepulcro con honroso llanto los españoles, y abominarán de los delitos de ese iracundo ministro que ahora tiraniza á Castilla con insolente audacia. Y si vos, hermosa Isabel, os dignais acompañarme al ejército y á la Corte á entusiasmar á los castellanos y hacer que corran á la defensa de doña Blanca, no dudo que vuestro ascendiente, vuestra irresistible elocuencia é indefinibles hechizos, unidos á la magia de mi lira,

conseguirán salvar la víctima destinada al sangriento holocausto.

= ¡Oh, con qué placer escucharé tus bellos cantos, generoso trovador, exclamó la Infanta doña Isabel, si empleas el prestigio de la armonía en defensa de la débil inocencia! Corramos á enseñar á los ilustres paladines el camino de la gloria: démosles ejemplo de amor á la virtud poniéndonos al frente de los que juren defenderla: y caigan las paredes de este castillo criminal.

= Amada hermana, ilustre trovador, dijo la Princesa de Navarra, escuchadme: por una infeliz muger no debéis atizar la guerra civil, harto encendida ya de extremo á extremo de Castilla. Os

prohibo en nombre de los que morirán en tan funesta lucha si llegais á provocarla, el que hagais sonar la fatal trompeta de la discordia: y si ansiais consagrarme el postrer sacrificio, presentaos á Enrique, y decidle que Blanca de Navarra está próxima á ser sacrificada en sus dominios, sin mas delitos que haber sido su esposa, sin mas derecho que el despotismo de un tirano que toma el nombre de ministro suyo. Si arde en sus venas la llama del honor, si circula por ellas la generosa sangre que anima el vital espíritu de su hermana Isabel, evitará el negro borron con que mi muerte mancharia el esplendor de su reinado.

La firmeza de Blanca y el resuelto y cariñoso tono con que habia declarado su voluntad admiraron á Isabel y al vate valenciano: y respetando sus delicados sentimientos hicieron la oferta de cumplir al pie de la letra cuanto acababa de indicarles. Preveían que su propia generosidad seria la causa de su temprano fin: porque la grandeza del peligro exigia pronto é importantes remedios. La Infanta abrazó á su desventurada amiga con el secreto presentimiento de no volverla á ver: y salió del castillo acompañada de Aúrias Marc, y de los cortesanos que habíanla seguido en la noche anterior.

Capítulo Sexto.

**EL ENTUSIASMO POR LA  
VIRTUD.**



No nos detendremos en pintar el efecto que produjo en los enemigos de Enrique IV la noticia de la prision de la Princesa de Navarra. Un mensajero enviado desde Cuenca difundió la nueva

por Toledo donde estaba el cuartel general de los conjurados, y desde allí corrió rápidamente de un extremo á otro de Castilla del mismo modo que encendida la rama del primer árbol de un bosque comunicase por encanto y arden en un punto miles de pinos mutuamente contagiados por el fuego. La defensa de Blanca pareció á los castellanos un asunto nacional: ó bien porque quisieran tomar de aquí ocasion para mostrar abiertamente su odio al tirano Marques de los Valles, ó bien porque no alentase un solo paladin en el ejército que no hubiese jurado al entrar en la órden de la caballería sacrificar su vida á los pies de la inocencia y de la hermosura.

Resonó por todas partes el clarín guerrero: el bélico sonido de las armas atronó bien pronto la orilla izquierda del dorado Tajo señalado por punto de reunion; y los campeones mas ilustres de aquellos tiempos, los mas célebres militares que habíanse distinguido en las guerras de Aragon, enristraron la lanza para tener parte en tan súbito alzamiento. Ni faltaron tampoco entusiasmadas matronas que vistiéndose un traje varonil volasen con el acero desnudo á pelear por la reina de las gracias y de las virtudes, reputando que á ellas tambien tocaba mantener con las armas en la mano la pristina pureza de la fe conyugal.

El Marques de los Valles trasladóse al romper el dia desde su castillo á Cuenca, como llevamos dicho, é hirieron sus ojos durante su tránsito tan extraordinarios preparativos, que le obligaron á torcer el camino, y desviarse del peligro saltando precipicios y hollando fragosas é inaccesibles cumbres.

Lleno de polvo y de sudor, temblando de cólera y pálido como los rayos de la luna, llegó el iracundo ministro á palacio en busca de la Reina doña Juana, que le aguardaba impaciente para llevar á cabo sus sangrientos deseos. Entró por una secreta puerta en el jardin, y dirigiéndose á la galería de las tres gracias, por donde se

paseaba entonces la soberana de Castilla: espúsole los planes de la Infanta doña Isabel, y el simultáneo movimiento hácia su castillo del ejército enemigo, cuyas tiendas de campaña acababa de ver el mismo Marques colocadas en las florecientes márgenes del rio. Y exagerando á su Magestad los riesgos para mejor empeñarla en sus resoluciones, concluyó diciendo que entre perecer una de las dos rivales en aquel mismo dia, no hallaba medio ni dilacion alguna: tan extraordinarias eran las circunstancias que los rodeaban.

La Reina no vaciló ni un momento en la eleccion de la víctima: autorizada con el consenti-

miento del Rey, y arrastrada sobre todo por el torrente de las pasiones, parecióle que no debía detener ya el brazo de la venganza: y dando al Marques de los Valles las instrucciones necesarias para la consumacion del sacrificio, mandóle que regresase al castillo por estraviada senda, asegurando que le seguiria al momento acompañada de aquella parte de la guardia real que reputaba mas adicta á su persona. Inclino la cabeza el ministro, y saltando sobre su caballo voló á preparar los objetos necesarios á la ejecucion del crimen proyectado.

Pero antes de trasladarnos á la prision de la desgraciada Blanca, sigamos á la Infanta doña Isabel

y al ilustre trovador al régio alcázar de Enrique IV. Aterrado este débil Monarca con la relacion de los cortesanos, que le referian el nuevo alzamiento de Castilla y la general indignacion que habia despertado su conducta con la Princesa, fluctuaba entre las dudas y la indecision. Por una parte comenzaban á introducirse en su pecho las penetrantes espigas de los remordimientos al recordar que habia puesto en manos de Juana el destino de la inocente Blanca, y por otra el temor de perder el trono y las sospechas que por último concebía de las torcidas intenciones del Marques atormentábanle con mas fuerza. Sin resolverse á dictar medidas

enérgicas que contuviesen el desolador torrente que se precipitaba sobre su solio, recelándose de sus mas leales servidores, sin valor para arrostrar y hacer frente á las criminales pasiones de su esposa, despechado, con los cabellos erizados, el color ajado, los ojos relucientes y el rostro cadavérico, yacia recostado al pie de su lecho y cubierto con un manto de púrpura á pesar del calor de la estacion. Al contemplar en aquel miserable estado á un poderoso Rey, al observar el desorden de sus ideas por la violencia y variedad de sus movimientos, y al leer su abatimiento y su desventura en sus demudadas facciones, hubiérase creído feliz el virtuoso

anciano que sentado junto á la lumbre, y tapado con su capa de grosero paño, aguarda de hora en hora á la muerte sin poder dilatar sus esperanzas ni aspirar al goce de los inocentes placeres.

Sumergido en esta incertidumbre, y víctima de las dolorosas pasiones, Enrique IV vió entrar en su aposento á su hermana y al sabio trovador con muestras de alegría, como si vinieran á derramar sobre su angustiado corazón algunas gotas de balsámico consuelo. Y como en la desgracia se renuevan los suaves afectos de la naturaleza y los recuerdos de pasada felicidad, el Monarca de Castilla trajo á su memoria en aquel punto á los que le habian dado

el sér, y los venturosos dias de paz y bienandanza que disfrutára con sus hermanos durante las risueñas auroras de la niñez. Pero de repente la semejanza de Isabel con el desgraciado Alonso, la union y amistad de esta Princesa con Blanca, la proteccion que el Príncipe de Viana dispensaba á Aúsius Marc, representáronle de un solo golpe todos sus delitos, y cayó segunda vez en el carcomedor desaliento que deja tras sí la imágen de los vicios en una conciencia lacerada.

= Dios te guarde, Enrique, dijo la Infanta: ¿estás enfermo?

= No, querida hermana, respondió el Rey: se atropellan tantas desgracias á mi rededor, que

abrumado con su peso ríndome á los golpes de la fortuna. ¡O cuánto deseaba verte, añadió Enrique levantando la cabeza y dirigiendo la palabra á Aúsius Marc, elocuente cantor! Tú que tanto sabes, y lees en los astros y en sus revoluciones las ruinas de los imperios y su engrandecimiento, ¿no podrás sacarme de la mísera situación en que me encuentro? ¿No podrás indicarme el camino que debo seguir en tan difíciles circunstancias?

Una noble y magestuosa sonrisa animó la tez del vate de Edeta, que habíase como enagenado al escuchar la pregunta de un Rey que no temia ya manifestar los peligros en que le habian encenagado pérfidos ministros.

= Un poeta, Señor, contestó Aúsius Marc, no es idóneo para consejero de un Soberano. Acostumbrado á encumbrar al último cielo de la alabanza á la verdad, y á pintar el vicio con negros colores, no transige con el poder, ni inmola á sus pies una libertad ideal que inflama su númen y que es su delicia. Carece de esa flexibilidad cortesana que á todo se acomoda, y que mira con mas entusiasmo al águila que despedaza su presa entre las nubes, que al laborioso enjambre de abejas que susurrando por entre las flores fabrica la miel y trabaja en beneficio del hombre.

= Y si habias de ocultarme la verdad, ¿de qué provecho me se-

rian tus consejos, gritó Enrique levantándose de la silla?

= La pregunta de vuestra Magestad tiene tanta analogía con el objeto de mi venida á vuestro augusto alcázar, que si su Alteza doña Isabel se digna esponeros las súplicas de una ilustre jóven, por quien venimos á interceder, mostrará á vuestra Magestad en sus palabras la única senda de salvacion que aun resta al Monarca de Castilla.

= Y bien, hermana, dijo el Rey, ¿qué me quieres?

= Si no has puesto en olvido, amado Enrique, á aquellos padres que tanto te idolatraban, y en cuyas rodillas hallamos mas de una vez el gozo y la dicha; si corre

por tus venas la sangre misma que inflama las mias, y no has trocado en odio el amor que me profesabas; si los dulces desahogos de la niñez, los infantiles juegos que á ambos gratamente nos entretenian, hieren alguna vez tu imaginacion; por nuestros padres, por mi cariño y por tan gratos recuerdos ruégote que despiertes del letargo en que yaces, y que no dejes perecer á manos del crimen y de la venganza á la inocente muger á quien diste por tanto tiempo el nombre de esposa. Castilla toda con las armas en la mano une sus súplicas á las mias; y ese polvoroso torbellino que amenaza derribarte del trono en su impetuoso arranque, cesará de

inundar en sangre nuestra dulce patria en el momento mismo en que recobres tu poder y te declares defensor de la inocencia y de la virtud. Blanca, aquella tierna esposa que hacia palpitar tu pecho en tiempo mas sereno, aquella apasionada amante que te consagraba sus gracias y su juventud; Blanca aprisionada, llorosa, y próxima á exhalar su postrer aliento, te nombra su juez y te pregunta qué delitos ha cometido la triste para morir en la primavera de su vida, despues de haber perdido la real diadema que cubria sus sienes.

Desde que Enrique oyera el nombre de la Princesa habia vuelto las espaldas á su hermana pa-

seándose á largos pasos por el salon, para ocultar el involuntario temblor y la turbacion que le causaba aquel nombre. Isabel que adivinaba el motivo de su inquietud, seguiale detras hablando en favor de su amiga; y el ilustre trovador, leyendo las pasiones humanas y sus efectos en los dos hermanos, observando la inespliable ternura y elevados sentimientos de la Infanta, y la debilidad y atroces pesares que devoraban al Rey, estudiaba á la sublime naturaleza que así varía y diversifica dos ramas de un mismo árbol.

Detúvose el Rey cuando cesó de hablar su augusta hermana, y clavando en ella los ardientes ojos

esclamó : ¡Cuán desgraciado soy, Isabel, pues no puedo otorgarte lo que me pides y salvar á la virtuosa Blanca! Un poder infernal se apoderó dias hace de mi espíritu, y cercado de los ministros del crimen, he rodado de grada en grada al abismo de los remordimientos. ¡O hermana mia! ¡si vieras mi corazon, si sintieras la roedora serpiente que se ha enroscado en él, y cuyos hórridos silvidos recuérdanme sin cesar la imágen de Alonso! Apenas las tinieblas de la noche se apoderan de la tierra, y el viento agitando su sutil vapor forma sombras y espectros para aterrar la mente del criminal, sáleme al encuentro mi hermano con el rostro lí-

vido y cadavérico enseñándome la emponzoñada copa en que apuró un veneno. «¿Vale mas, me dice, un trono que un hermano? Si te disputaba yo ese cetro que empuñas, obligóme á ello la muchedumbre de tus vasallos, que agrupándose á mi rededor levantáronme en sus hombros, y me proclamaron Rey para que pusiera término á los infortunios y al despotismo en que se ven sumidos por tu descuido y flojedad. Bárbaro hermano, aquí está tu víctima, sufre el tormento de que te siga por todas partes.» Y convirtiéndose en seguida en colosal monstruo, viene tras mí asido á mi manto, y cuanto mas huyo y procuro desprenderme de él, con mas

ahinco se empeña en detenerme.  
= ¿Y por qué, Señor, dijo Aúrias Marc enternecido con la relacion de Enrique, por qué no expiais con generosas acciones los involuntarios delitos en que os ha precipitado vuestro inicuo favorito? ¿Por qué no principiais por salvar los dias de Blanca, y evitais nuevas y mas agudas penas á vuestra lastimada alma? Aun brilla, señor, el lucero de la esperanza, y puede su débil luz mostraros una senda llena de flores para salir del inmundo lodazal que encadena vuestras plantas. Mis labios se atreven á hablar á vuestra Magestad el language de la franqueza y del deber, language árido y duro que nunca ha sonado

en vuestros oídos. Castilla toda corre á oleadas por esas calles pidiendo á gritos la vida de Blanca, y que os separeis de doña Juana de Portugal: la religion desapruueba vuestro segundo lazo, porque el matrimonio es indisoluble; y los vicios de esa malhadada reina han hecho execrable vuestro himeneo. La nacion amante de sus legítimos monarcas niégase á ser gobernada por venales ministros, y á reconocer por sucesora de Castilla á una niña que lleva vuestro apellido sin ser hija vuestra. Confieso que vuestra Magestad acostumbrado á las lisonjas de los palaciegos, habráse llenado de indignacion al oír de mi boca tan amargo discurso; pero si al fin

ha de saber vuestra Magestad la causa del general movimiento que hoy se observa, es mi obligacion no aumentar con dilaciones los peligros que os cercan. Mostraos, Señor, á vuestro ejército, y al frente de los bravos paladines corred al castillo en que yace Blanca de Navarra. Hallareis las márgenes del Tajo sembradas de numerosas huestes que se acercan á aquella morada del crimen á ponerle sitio, y conoceréis cuánto os aman los castellanos y cuánto aman su religion, su honor y las virtudes que heredaron de sus padres.

Mientras el honrado corazon del vate se desahogaba poniendo en voz sus mas secretos sentimientos, inflamóse repetidas veces el rostro

del Rey, y tornó á su palidez como cuando suele iluminar la luz del relámpago la cenicienta nube, dejándola despues oscura y apagada. Los ojos de Enrique fijáronse indignados en el osado trovador; pero desviólos al momento abrasado por la fuerza de la verdad, y aterrado por la grandeza de los riesgos que amenazaban su vida.

= Ya es tarde, dijo Enrique con acento desmayado: Juana ha salido de palacio con el Marques de los Valles, y quizás á estas horas, en este instante espirará la ilustre víctima de su venganza.

= ¡Dios mio! exclamó Isabel; ¡Y la infeliz perecerá despreciada de su esposo y de sus amigos!

La Infanta prorumpió en amargo llanto y repetidos sollozos que apenas podia contener abandonada al dolor de su situacion: las facciones de Aúrias Marc cubriéronse de un encendido carmin al oír la sospecha de Enrique, y una lágrima asomó á sus ojos encendidos por el fuego del entusiasmo que le dominaba. Sentóse Enrique en una silla dejando caer su cabeza en las manos, y un hórrido temblor agitaba sus miembros con tan extraordinario ímpetu, que sus dientes daban unos con otros, y el macizo asiento en que descansaba resonaba en el suelo con los movimientos del cuerpo.

El vate valenciano púsose enfrente del Soberano de Castilla y

señalando con una mano el cielo y con la otra á Enrique, le habló de este modo.

= Sí, el resplandeciente Olimpo huella ya el inmortal espíritu de Blanca de Navarra, desatado de los nudos que le unian á la tierra. Su triunfante virtud, su no empañada inocencia ábrenle la puerta de oro de la celeste morada; y, ¡feliz ella! que recibe la palma de la inmortalidad y la laurífera corona de la dicha de manos de los purísimos serafines. Y ¡ay de vuestra Magestad, Soberano débil é impotente para el bien! Desde este momento duplicaránse los horribles fantasmas que os persiguen, hijos del crimen y de los remordimientos: sus descarnados

espectros lívidos, cadavéricos y moribundos presentaránse á vuestra imaginacion abultados y gigantescos. No habrá tranquilidad para vuestro pecho; y la muerte, término de los infortunios del justo, aterrará vuestra mente con la idea de la venganza divina. Ser Rey y serlo para el mal; no derramar la ventura por todas partes; y encontrar, en vez de opulencia y amor, miseria y odio en vuestros vasallos, ved aquí la suerte que os aguarda en medio de las oscilaciones y borrascosas revueltas de vuestro reinado. Adios, desventurado Soberano: huyo de Castilla y del corrompido aire que se respira en las orillas del Tajo: en las plácidas y humildes riberas de

mi patria consagraré mi vida á lamentar vuestros crímenes y cantar las brillantes virtudes de las víctimas que habeis sacrificado. Y vos, hermosa Princesa, no olvidéis mi vaticinio, y que estais destinada á ser la gloria y el ornamento del solio español.

Aúrias Marc arrojó una dulce mirada á Isabel, y abandonando el real alcázar precipitadamente, tomó el camino de Edeta, su dichosa patria, que le recibió con el entusiasmo debido á su celebridad y á su mérito. Y entonando suavísimos y delicados versos á la memoria de su bienhechor el Príncipe de Viana y de la hermana de este doña Blanca, acabó tranquilamente sus dias

dentro de los débiles muros que besa el florido Guadalviar.

El pánico terror que la profecía del enagenado vate infundió en el ánimo del Rey, de tal suerte trastornó su imaginacion, que casi perdidos los sentidos no oyó las últimas palabras de Aúrias Marc. Pero observando despues de larga pausa que ya no se percibia su acento, levantóse súbito para rogar al trovador que no volviese á despedazar tan cruelmente su alma; pero ya habia desaparecido, y solamente halló á su afligida hermana que contemplaba atónita los funestos efectos de las pasiones.

= Enrique, amado hermano, gritó Isabel, ¿por qué tiemblas?

¿Por qué no has de poner fin á tus propias desgracias y á las de tus vasallos? Nunca es tarde para mostrar firmeza y ser una vez monarca justo y fuerte. Tu indecision, tu debilidad y tu inercia te pierden: ase por tí solo las riendas del estado, y al ver tan súbita mudanza Castilla, al reconocer en tí el vigor necesario para el mando supremo, caerán de rodillas á tus pies los mas encarnizados enemigos de tu gloria. Armate de valor, y con la espada desnuda parte por medio de las filas de los rebeldes á salvar á Blanca, y á castigar al inicuo ministro que te ha conducido al borde del abismo.

Enrique pareció reanimado con

estas palabras, y tomando la mano de su hermana la dijo con lengua balbuciente.

= Mis pérfidos consejeros para que no me quedase ni una sombra de consuelo hanme infundido sospechas hasta de tí. Afirman que muerto Alonso, te han ofrecido mi corona; y que tú aceptándola te dispones á dar tu mano á un Príncipe cuyo nombre no debe salir de mis labios. Si tal es tu proyecto, yo mismo pondré en tu diestra un cetro que solo desventuras y lágrimas me ha ocasionado: dulce es el nombre de Soberano, pero mas dulce es la tranquilidad. ¡Ah Isabel! compadécete de un monarca vendido por sus ministros: cuando te sientes en el

solio que ocupo , experimentarás con qué facilidad, cuán sin conocerlo es conducido al error y al precipicio un Rey que deposita su confianza en aquellos en quienes cree encontrar probidad y talento. Si tú me acompañas al ejército, estoy resuelto; abdicaré el trono en favor tuyo, me separaré de esa vengativa muger que por desgracia ejerce un poder tiránico en mi alma, y haré cuanto exijan de mí, con tal que no vuelvan á mirar mis ojos ni á Juana ni al marques. Un espíritu infernal pone almíbar y convencimiento en sus labios para arrastrarme adonde le place , y tornarian á abismarme en los delitos de que quiero huir á tanta costa.

Isabel apretó suavemente la mano del Rey, y con los ojos bañados en llanto respondióle.

= Conserva, ó Enrique, esa diadema que te pertenece, y déjame solo la gloria de salvarte. Los paladines de Castilla escucharán sumisos mi voz, y se contentarán con saber que la verdad ha iluminado tu mente, y que Juana de Portugal vuelve al suelo que sostuvo su cuna. No perdamos tiempo: corramos, y si es posible libertemos á Blanca.

= ¿Oyes? preguntó el Rey; ¿Qué descompasadas voces atruenan el ancho patio de palacio? ¿Dios mio, qué significa este tumulto?

Con efecto: heria los vientos

sorda y confusa gritería; Cuenca entera entusiasmada por los enemigos del Marques de los Valles, atropellábase á las puertas del régio alcázar pidiendo la libertad de la Princesa y la muerte del tirano ministro. Cual suele súbito viento encrespar las saladas ondas del océano, y levantándose estas en espumosos tumbos lánzanse contra las rocas, baten la playa y hasta parece que en su furia amenazan á las nubes; no de otro modo los ardientes castellanos, cansados de sufrir la tiranía del Marques de los Valles, discurrían á oleadas por todas partes, llevándolo todo á sangre y fuego, y anunciando que brillaba ya el dia de la popular venganza. En vano

los ministros de la paz, los santos sacerdotes de la religion cristiana oponíanse á aquel torrente asolador: quanto mas habia tardado en romper sus diques, mayores eran su pujanza y el ímpetu conque inundaba los floridos campos del dorado Tajo.

Y mientras las ordenadas haces volaban á sitiarse el castillo del Marques y á romper las cadenas que aherrojaban á Blanca, cercaban otros el palacio de Enrique proclamando por heredera del trono á la Infanta doña Isabel, y por legítima Soberana á la Princesa de Navarra. Apoderados del jardin y de los anchurosos patios gritaban que se presentase el Rey á su pueblo, que prestase oídos á las públicas

calamidades, y que dejase de ser el órgano de sus mandatos el alevoso monstruo cuya ambicion y encubiertas maldades habian encendido la guerra civil.

Tal era el estado de las cosas cuando don Beltran de la Cueva, uno de aquellos á quienes miraba el vulgo con mas ojeriza, entró en el aposento de Enrique y le espuso los peligros que corria.

— Los guardias, Señor, añadió el cortesano, aguardan solo una orden de vuestra Magestad para precipitarse sobre los rebeldes y ahuyentar como á bandada de tímidos cuervos á esa insolente turba. Cien cadalsos levantados en la plaza y otras tantas cuchillas, cercenando cabezas restituirán bien

pronto la calma á vuestra Córte, y reprimirán de una vez las frecuentes traiciones de algunos grandes.

= ¡Siempre sangre, respondió Enrique mirándole con airado semblante! Dí á mi guardia que desgraciado del que enristre su pica contra el pueblo: la indulgencia y la cordura calman las sublevadas naciones; pero nunca sofocan populares tumultos el encono y la venganza. Harto tiempo ha tolerado Castilla no el despotismo de su Rey, que tambien ha sido esclavo, sino la tiranía de sus ministros: déjanos respirar, don Beltran, y huye de las garras de ese leon iracundo que te amenaza con sus rugidos.

⇒ ¿Y así me abandona vuestra Magestad al furor de una plebe miserable, replicó el insolente ministro? ¿Esta recompensa merece mi lealtad?

= Debía entregarte, gritó el Rey furioso, á las manos de un verdugo, y me contento con desterrarte de mi reino. Don Beltran, ya hay Monarca en Castilla: si hasta ahora lo habeis sido vosotros, llegó mi vez: y ay de tí, si no sales de tu estancia sin hablar una sola palabra, sin alzar tus ojos á mirarme.

Obedeció el favorito de doña Juana asombrado del inesperado golpe que recibia, y buscó con mucha solicitud á sus amigos para comunicarles la súbita mudanza

que habia sufrido su fortuna. Su Magestad deponiendo la seriedad y tomando un tono dulce dijo á su hermana.

=Has presenciado, Isabel, como principio á cumplir mi palabra: en un hombre débil como yo es una especie de heroismo el armarse con los rayos del enojo. Manifiesta á los gefes de los amotinados mis intenciones, y dispongámonos á partir al castillo del Marques.

La tierna Isabel, hermana tan cariñosa como constante amiga, salió á las ventanas de palacio, y recibió miles de aclamaciones de los castellanos, que por una especie de simpatía mirábanla como el lustre y el honor del solio de

su patria. Como los fatigados marineros llenan el aire de bendiciones saltando alegres por la cubierta, y se abrazan con ademanes de regocijo á la vista del puerto despues de la horrible tormenta; así los paladines españoles arrojaron en alto sus pañuelos al descubrir á la ilustre doncella, que correspondió á estas demostraciones con muestras de singular aprecio. Una voz unánime de viva Isabel heredera del cetro de Castilla, viva la católica Isabel, resonó por algunos minutos sin permitir á la Infanta abrir sus labios; y cuanto mas se esforzaba en manifestarles su gratitud, tanto mas crecia el entusiasmo del pueblo, que admiraba en aquella Princesa las virtudes que

hizo amables con su ejemplo la destronada Blanca de Navarra. Cuando guardaron silencio los castellanos, Isabel les dijo que delegasen una comision que espusiese sus peticiones y oyese su respuesta; y con este motivo presentáronse en el salon de Enrique los Condes de Alba y de Trebiño. El Rey les declaró su firme resolucion de poner un término á los males de su patria; y despues de haber representado los Condes por parte del ejército y del pueblo las quejas que tenian con los ministros del Rey, las injusticias cometidas con los militares que se coronaron de laurel en las guerras de Aragon, y la infamia de perseguir y aprisionar á la inocente Blanca, es-

tipularon las condiciones siguientes.

= 1.<sup>a</sup> El Rey Enrique se separará de la Princesa doña Juana de Portugal, sin reconocer por hija suya á la nacida de esta Princesa llamada tambien doña Juana, y jurada contra la voluntad de la nacion heredera del trono.

= 2.<sup>a</sup> Se proclamará por sucesora de Enrique IV á su hermana la Infanta doña Isabel, no debiendo esta contraer matrimonio con Príncipe alguno sin la aprobacion del Rey Enrique.

= 3.<sup>a</sup> El Marques de los Valles y don Beltran de la Cueva serán despojados de sus dignidades y se sujetarán al fallo del Tribunal que juzgue sus causas, colocando

al frente del gobierno en calidad de Ministro al Arzobispo de Toledo.

= 4.<sup>o</sup> Doña Blanca de Navarra será puesta en libertad y reconocida por legítima Reina de Castilla.

El Rey Enrique despues de haber firmado estos capítulos, montó en un soberbio caballo árabe, y acompañado de la Infanta recorrió la ciudad en medio de nuevas aclamaciones, que enternecieron su corazon al ver la lealtad y el amor de los españoles á sus Monarcas. Y tomando en seguida el camino del castillo ambos hermanos, viéronse rodeados y seguidos de multitud de guerreros que se disputaban el honor de quien llegaría antes á comunicar tan felices nuevas á las haces de los si-

tiadores, para que celebrasen con muestras de cariño y entusiasmo el fin de las civiles guerras, y la aparicion del astro de la concordia que uniria desde entonces á todos los castellanos.



trabaja, para que celebrasen con  
muestras de cariño y entusiasmo  
el fin de las civiles guerras, y la

aparición del astro de la concordia.

**Capítulo Séptimo.** *capítulo séptimo*  
todos los castellanos.

## LA COPA.



EL sol estaba en la mitad de su  
carrera, y descubriáanse desde el  
elevado aposento de Blanca los  
valles y los montes dorados por  
sus rutilantes rayos. Brillaba en  
las olas del Tajo una luz trémula

y relumbrante: percibíase la suave undulacion de las copas de los árboles y el leve murmullo de sus ramas; y el estrepitoso derrumbamiento de las vertientes alumbradas por el celeste astro resonaba en medio de los deliciosos cantos de las pintadas aves, escondidas en sus verdes nidos.

Ni una nube empañaba los serenos cielos pintados de un hermosísimo azul, que contrastaba prodigiosamente con el aureo luminar del dia clavado en medio de la esfera: los mas profundos y oscuros valles, y los hondos despeñaderos alumbrados por la soherana lumbre, ponian de manifiesto sus escondidos tesoros, sus ricos mármoles y aromáticos ar-

bustos. Junto á la falda del monte que estaba en frente del castillo habia , segun tradicion popular, una abundante mina de oro ; donde sepultándose el avaro cartaginés y el ambicioso romano buscaron con solícito afan el precioso metal y enriquecieron con él á su amada patria.

Este recuerdo histórico traía á la memoria del viagero distintas reflexiones: ¿quién sabe, decia un castellano sentado sobre la enydrada peña, si la roca que yo ocupo prestó tambien su asiento á algun orgulloso Procónsul , que consiguiendo despues los honores del triunfo entró en la Ciudad que baña el Tiber en suntuosa carroza de plata tirada de manchados

tigres y con ruedas de acero? ¿Quién sabe si Escipion, ó si Aníbal, si César ó Pompeyo vendrian alguna vez á alentar con su presencia á los obreros, y detendrian sus ojos admirados del soberbio espectáculo que hiere los mios y arroba dulcemente mi alma?

¡Y qué escena tan distinta ofrecia entonces aquel magnífico teatro! Principiaban á coronar el monte valerosos paladines, en cuyos lucientes cascos y limpias corazas reflejaba el sol sus rayos: colocados en el suelo los cueros de sus lanzas formaban con ellas anchos pabellones en cuyo extremo reuníanse brillando sus afiladas puntas: tendíanse por el musgo y á la sombra de frondosos

saucos los fatigados guerreros; y veíanse atados al tronco de los pinos los ligeros caballos. Descubríase por un lado la nube de polvo que levantaba un escuadrón caminando con el acero desnudo y al compás de sonante corneta por la arenosa y reluciente orilla del Tajo: por otra parte traslucíase un grupo de soldados que dejando el yelmo en una peña, inclinaban sus cuerpos sobre una fuente para apagar la rabiosa sed; y por el monte que miraba á oriente distinguía la vista á cien y cien militares que agarrándose de las matas y de las rocas empeñábanse en ascender á su cumbre para apoderarse de aquel punto tan ventajoso.

Contemplaba la Princesa de Navarra aquel movimiento de eferescencia, aquel bélico aparato, sin acertar la causa que lo motivaba: no podia á tanta distancia reconocer á los que parecian gefes de aquel ejército, y ni sus maniobras ni sus estandartes declaraban el objeto de su empresa. Dudosa, agitada y sin atreverse á calificarlos de amigos ó enemigos, observaba todas sus acciones, y entregábase sin querer á una dulcísima esperanza que le presagiaba el fin de sus padecimientos. Es verdad que en medio de este celestial consuelo experimentaba cierta inquietud, cierta displicencia que solemos probar casi siempre al tocar el momento que va á decidir pró-

pera ó desventuradamente de nuestra fortuna. Y, ó fuese que aquel día había amanecido para ella alegre por haberla sorprendido agradablemente en brazos de su amiga, ó fuese que á las lágrimas precede siempre la risa, Blanca se mostraba poseida de gratos afectos, y libre de los temores que emponzñaban poco antes su vida.

Habíase adornado con un lindo traje de seda azul, recamado con néveas flores, y sujeto al cuerpo con un precioso ceñidor de color de aroma, orlado de perlas y abrochado con un grueso diamante; y en vez de la corona real que prendía en otro tiempo sus rizados cabellos, sujetábalos una sutil rama de plata, imitando las hojas del

jazmin, é inclinada hácia el lado izquierdo de su hermosa cabeza. Por encima del vestido azul llevaba una corta túnica de gasa india blanca, abierta por delante, y que recogiéndose hácia las caderas en anchos pliegues, remataba por bajo en forma de ángulo, salpicada de mariposas tambien azules, y orillada con ancho feston de la misma seda azul.

La elegancia y sencillez del adorno correspondia en cierto modo al aumento que se notaba en su hermosura, cual si fuera aquel uno de los dias en que la naturaleza se complace en presentar las gracias del sexo encantador en el mas alto punto de la perfeccion. Una amable sonrisa comunicaba

su fresco colorido á las rosadas megillas: aparecia serena su alabastrina frente; y en sus ojos, brillantes de alegría, leíanse la calma de las pasiones y el contentamiento de la inocencia. Su esbelto talle parecia mas delgado ó con mas arte ceñido: en las crujientes undulaciones de su vestido al caminar, descubriáse cierto aire magistoso y acompasado: estaba mas erguido su enhiesto cuello, y eran sus ademanes naturalmente mas nobles y elegantes. Belleza tan completa no pertenecia, por decirlo así, al siglo en que vivia: nosotros la hubiéramos reputado en nuestros dias el genio del buen gusto nacido en los elíseos campos, por donde desliza su-

surrando sus olas el límpido Sena.

Á tan poderosos encantos producidos por la quietud que habia recobrado su antes agitado espíritu, añadíase una dulce esperanza que comenzaba á embalsamar de dicha aquellos instantes, una esperanza que no acertaba á definir, ni á esplicarse á sí propia. Preséntase siempre el amor á nuestra imaginacion bajo formas tan agradables, que en vez de retratarle como á un niño pálido, estenuado, atormentado por los celos y blanco de las pasiones, parecenos un alegre y jugueton rapaz, brindando con la copa de los placeres, hollando rosas, hiriendo sus oidos los sublimes ecos de voluptuosa música, rodeado de un flo-

rido y mágico jardín, y bajo un cielo pintado de zafiro y oro. Blanca habia confiado á Isabel el encargo de esponer á Enrique la dura situacion en que se hallaba; y nada mas cierto para la Princesa que ver al Monarca de Castilla montar en un fogoso alazan y dirigir las riendas al castillo donde yacia su primera esposa, á romper con sus manos las cadenas que la aprisionaban, y darle esta última prueba de su no estinguido cariño. Tal vez esta idea le inspiró el deseo de adornarse, para no parecer á los ojos de Enrique tan digna de haber sido repudiada; y tal vez al distinguir los guerre-ros que coronaban las cercanías del castillo, presumió que serian

paladines de la guardia real que habrian precedido al Rey para obligar al Marques con la fuerza de las armas á que entregára su víctima si por azar se resistia. Afirmóse mas en este pensamiento, cuando á deshora llegaron en alas del viento hasta su elevada estancia entusiasmados y continuos gritos, que aunque no podia entender cual quisiera, teníalos por aclamaciones á su nombre. Persuadíale aun mas su creencia sobre este punto la posicion que ocupaban las haces de Castilla; pues despues de haberse apoderado de las mas empinadas cumbres de las montañas, tendíanse por sus faldas cercando con dos líneas de lanceros y flecheros el

edificio del Marques. En sus marchas y en su actitud hostil y sobremanera imponente, traslucíanse además miras guerreras; y bajo cualquier aspecto que las considerase Blanca, era disculpable la extrema confianza que tenia de ver llegar á su Magestad, y salir de poder del vengativo ministro que habia jurado su ruina.

Tan suaves consuelos endulzaban la situacion de la lindísima Princesa de Navarra, cuando entró en el aposento un gracioso page del Marques de los Valles, resuelto y despejado, y cuya edad apenas frisaria con quince abriles, y saludando á Blanca con gentil desenvoltura le dijo así.

= Mi ilustre Señor me ordena

avisar á vuestra Alteza que ha llegado al castillo su Magestad nuestra augusta Soberana, y que espera á vuestra Alteza en el salon del Eco.

= ¿Y ha venido sola, hermoso jóven? preguntó la Princesa.

= Acompañanla numerosos paladines de la guardia real, respondió sin vacilar el mancebo; pero han tenido que quedarse á alguna distancia de aquí, obligados por las haces de los sitiadores que no permitirán que entre en el castillo refuerzo alguno.

= ¿Y el Rey, añadió doña Blanca?

= No puedo contestar á vuestra Alteza sobre este punto.

La bella prisionera púsose pen-

sativa revolviendo en su mente encontradas ideas. ¡El castillo sitiado por las haces de Castilla, es decir por mis partidarios, y doña Juana dentro de este alcázar sin temer su odio! Pero imaginando que todo se disponia en favor suyo, y que nada debia temer, siguió al page con seguros pasos tranquila por su suerte, y contenta de poder representar sus desgracias á la Reina.

Descendieron por tortuosa y dilatada escalera á la parte oriental del edificio, donde se hallaba el fresco y gótico salon del Eco, llamado así porque repetia á larga distancia las palabras pronunciadas. Su situacion era tan deliciosa, como rara y caprichosa su forma.

Construido en el hueco de dos enormes peñascos naturalmente unidos, prolongábase en línea recta formando un cuadro perfecto y conservando todas las apariencias de una gruta. Diríase que el arte habia seguido fielmente á la naturaleza retocando su obra, pero sin despojarla de sus gracias. Habian nivelado con el martillo los costados de la roca hasta igualarlos tan perfectamente como si fueran paredes: dos órdenes de góticas columnas de granito elevábanse por una y otra parte, y anchas ventanas abiertas al igual del piso, ostentaban soberbias barandas de dorado bronce, por bajo de las cuales pasaba el rio encerrado allí por dos brazos de monte. Al punto

que una voz salía de los labios dilatábase por aquella especie de calle, que resultaba por medio de ambas montañas y era repetida con claridad una y otra vez, cual si se estrellára en cada una de las peñas que encontraba. Aromáticas plantas, nacidas junto á las ventanas, trepaban por sus marcos y servíanlas con su follage de cortinas, y adornaban el techo las ramas de verdes parras sostenidas con tanto disimulo que parecian allí crecidas, y que á pesar de no estar al cielo raso conservaban toda su lozanía por la frescura de la roca y por el puro viento que entraba por las ventanas. Los muebles de este singular salon, obra segun algunos de los árabes, se-

gua otros de los romanos, eran de ébano con relieves de marfil, para que resaltase mas á la vista el níveo color de las paredes.

Cuando la Princesa de Navarra, cubierta con el hermosísimo traje que hemos descrito y cuya elegancia aumentaba el juego que hacian sus colores con los del aposento perfectamente maridados, saludó á la Reina, levántose esta de la silla, y alargando la mano á Blanca con muestras de cordial afecto, forzóla á ocupar su asiento. El ligero pero mágico adorno de la Princesa sorprendió á la orgullosa Soberana, que por su parte habia recargado el suyo de joyas y brillantes cual si asistiera á algun suntuoso festin. Llenó de elo-

gios á la ilustre prisionera por su buen gusto y naturales bellezas; elogios que no agradaron á la desgraciada jóven, que ansiaba inspirar compasion y no envidia.

Á pesar de que la Reina le mostraba tanto agrado y tanta amistad, á pesar de la ligereza con que revolvía sus ojos y prorumpía en continuas carcajadas, observó la Princesa que su risa tenia algo de violento y de forzado, y que no osaba mirarla cara á cara como si los labios de Juana no estuvieran acordes con su corazón. Pero estas sospechas desvaneciéronse en el instante, en que la Reina imprimiendo un ósculo en las mejillas de Blanca le habló de esta manera.

= Al punto que he sabido vuestra injusta prision he volado á libertaros de ella. Esas amotinadas hordas que me amenazaban no han sido bastantes á detenerme, y he ofrecido á sus gefes que no solo venia á sacaros de este alcázar, sino tambien á establecer sólidamente la union de Castilla, y á que vos restituida á nuestro palacio hasta que os digneis regresar á Navarra, contribuireis la primera á la concordia de una nacion de la que habeis recibido continuas pruebas de amor.

= Soberana Señora, gritó Blanca regocijada con estas nuevas, ¿con qué podré pagar á vuestra Magestad tantas bondades? Permítanme volver al palacio de mis

padres, á mi dulce patria; y queden en paz Castilla y sus cetros. Nada mas ambicionado, generosa Señora; y cuantas veces alce los ojos al cielo á manifestar mi gratitud al Soberano Autor de la naturaleza, dirigiré tambien preces por vuestra Magestad que se ha dignado tenderme una mano en medio de mis infortunios.

= He cumplido con mi deber, añadió la Reina con labios balbucientes y demudadas facciones; porque cuanto mas negra y mas reñida es la rivalidad entre dos personas de nuestro sexo que han ocupado un mismo lecho conyugal, mas mérito tiene el vencerse á nosotros mismos.

La Princesa se admiró al notar

la hiel y el encono con que pronunció Juana las últimas palabras; y descubriendo entonces al Marques de los Valles sentado tras de una columna con los ojos en blanco, el rostro amarillo y experimentando una terrible convulsion, perdió el color, y su corazon palpitó con estraordinaria violencia. Conociendo sin embargo que estaba ya en la arena del palenque, y que cualquiera que fuese la suerte que la habian destinado, no le restaba mas recurso que mostrar valor y sufrirla, reanimó su espíritu y contestó.

=¿Y qué rivalidad puede existir entre nosotras? Ni yo os disputo vuestros derechos, ni he deseado nunca otra cosa que vuestra

ventura. Seria Blanca de Navarra rival muy débil de vuestra Magestad : jamas me he deslumbrado hasta el extremo de creer que podia competir con vuestra hermosura mi ajado rostro , ni con vuestro ingenio los cortos conocimientos que he debido á una educacion escogida. Y por ciega que estuviese , por mas enagenada que me tuvieran las pasiones , no podia ignorar que vuestra Magestad ninguna culpa tiene de que desagradase yo al Soberano de Castilla, y repudiándome y quedando libre, llamase á la Princesa de Portugal para llenar el vacío de su corazon; porque esta no tuvo parte alguna en mi desgracia , ni despues de mi repudio eligió vuestra Magestad

al Rey, sino el Rey eligió á vuestra Magestad.

Soltó doña Juana al oirla violenta carcajada, que el eco repitió por las concavidades de aquellos montes: y afectando una maligna alegría que en vez de animar sus facciones las sombreaba y comunicaba un no sé qué tétrico como la luz de amortiguado relámpago cuando da sobre negras nubes, respondió.

= Amistad y union entre nosotras ved aquí los únicos objetos que deseo. Son los celos una pasion baja, que no debe tener cabida en los reales pechos, y gracias al cielo carezco de motivo para abrigarlos. Ademas, sois tan bella, tan amable, tan franca, que

experimento un extraordinario placer al veros, y no extraño que sientan los hombres la propia admiracion, el propio encanto que pruebo yo aun siendo muger. Dentro de breves momentos quedaremos estrechadas con lazos muy firmes, añadió doña Juana con una velocidad inconcebible; y esos castellanos que han volado á libertaros conocerán que ninguna necesidad teneis de sus socorros; pues basta la Reina de Castilla para reprimir el osado vuelo del águila, si hay águilas por estos contornos. ¡Ah! vos no correspondéis á mi cariño con el extremo que yo quisiera; ¿por qué permanecéis fria é inanimada viendo los transportes de mi amistad?

=Nunca he sido ingrata, Señora, contestó Blanca, á los beneficios ajenos: soy tan desgraciada, que ni á declarar mis sentimientos acierto poseida de un secreto pesar.

=¿Y quién lo causa, preguntó la Soberana? En el dichoso dia en que va á brillar en nuestra esfera el astro de la concordia, cuando todos abren los brazos para estrecharse y jurar olvido y union, ¿qué puede turbar la calma de vuestro espíritu? Levantaos y recorramos la vecina galería, para que el grandioso espectáculo de la naturaleza, la vista de entusiasmados guerreros y un aire puro y aromático alegre vuestra alma. Os repito que brilla el es-

perado momento de la union, y que debemos no traer á la memoria pasadas ofensas. El Marques de los Valles os ruega que seais indulgente con él, y tiene el honor de ofrecernos un banquete en señal del regocijo que le causa el fin de las turbulencias que agitaban á Castilla. Despues de este festin regresaremos á Cuenca, donde nos aguardan Enrique y toda la Córte para sancionar con su aprobacion esta dulce paz, que derramará sobre nosotros su benéfica influencia.

= Respeto, Señora, en un todo las disposiciones de vuestra Magestad, contestó la Princesa, y ningun resentimiento abrigo contra el ministro de vuestro esposo.

Apenas salieron estas palabras de los labios de Blanca, púsose en pie don Juan Pacheco, y acercándose á su prisionera sin alzar los ojos del suelo, y con muestras de una violencia estremada, le dijo: Encantadora Princesa, mas bella que el sol en su oriente, conozco que no merezco la bondad de vuestra Alteza; pero desde hoy procuraré con mis servicios manifestaros que la gratitud es la deidad á quien mas inciensos consagro.

=Gracias, Marques, gritó doña Blanca reprimiendo el enojo con que miraba la audacia de aquel cortesano; y levantándose de la silla al mismo tiempo que la Reina, atravesaron el hermoso salon para

pasar á la galería de las cien rosas. Disminuyóse en la jóven Princesa la inquietud que antes sentia, deslumbrada con las engañosas apariencias y el falso colorido que habian dado á aquel asunto la Soberana de Castilla y su ministro. Por el contrario, doña Juana tenia mas encendido el rostro y mas chispeantes los ojos, al paso que pugnaba sin duda con sus mismas fuerzas para aparentar una franqueza sin límites y un gozo desmedido.

La galería de las cien rosas ornada con soberbias columnas de bronce, por las que se enzarzaban preciosos rosales de la China, con barandas de limpio acero, estaba edificada sobre un brazo del cris-

talino Tajo á manera de puente, que pasaba á las hondas grutas del monte inmediato. Cuadros de Milan que representaban á los Sátiros persiguiendo á las ninfas del Iliso, y cuanto el amor maligno puede imaginar de mas travieso y caprichoso, cubrian las paredes de la parte interior del edificio: en lo exterior todo era obra de Flora y de las Gracias.

Asomóse Blanca por las hermosas barandas al rio y vió su imágen en sus límpidos cristales, menos blancos que sus megillas de jazmin, y menos serenos que su lindísima frente. La salvia y el espliego que entapizaba el monte, crecia mas lozano y pomposo con la frescura del agua, y los nevados

cisnes que se bañaban en aquel pacífico brazo del resonante Tajo, solian tender sus alas y sacudirlas sobre su verde alfombra, trasvolando con alegres vueltas hasta perderse de vista por el abierto cielo.

Doña Juana nunca habia visitado las grutas inmediatas, de las que el Marques y sus amigos referian prodigios por los caprichosos fantasmas que el agua habia naturalmente esculpido cayendo gota á gota por las rocas, y queriendo satisfacer su curiosidad, ó por mejor decir, calmar su angustiado espíritu, invitó á Blanca para que la siguiese. Al paso que caminaban hácia el interior iba oscureciéndose la cueva, hasta

quedar alumbradas por un débil y amarillento crepúsculo que apenas les permitia distinguir los objetos; y doña Juana para no separarse á mucha distancia del castillo, iba á volver atrás cuando hirió los oídos de ambas Princesas un sonido melodioso y muy distante que parecia acercarse por grados. Su Magestad pensó que seria el canto de alguna ave y paróse á escuchar; pero la música se aumentaba poco á poco y principiaba á percibirse con la vista la oscilacion de un objeto que deslumbraba por su blancura. El cuerpo undulante desplegabá formas mas gigantescas á cada paso que daba, hasta que dejándose ver en su figura de pirámide, cesa-

ron los armoniosos sonidos, y con voz sepulcral que heló en sus venas la sangre de las aterradas Princesas, dijo.

= ¡ Ay de tí, Blanca, si acercas en este alcázar la copa á los labios!

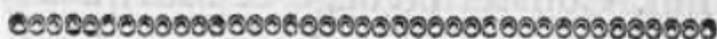
Desapareció en seguida la vision cual si se hubiera convertido en sutil vapor, ó como el remolino del polvo que se ve deshecho por el viento mismo que lo formó, y volvieron á sonar los melodiosos acentos, apagándose despues por la gradacion de la misma escala con que se habian aumentado.

La Reina bañada en un sudor frio y toda temblando, procuró salir á la luz con presurosos pasos seguida de la Princesa, que cual si hubiera pisado un áspid en la

gruta habia palidecido, y asomaban á sus ojos ardientes lágrimas. Al entrar en la galería encontraron dispuesta la comida en tan delicioso sitio: la asustada doña Juana pidió una copa de agua, y observando el Marques que se habia ausentado el page á cuyo cargo estaba semejante ministerio, lo llamó á grandes voces. Presentóse el jóven con el rostro algo demudado, lo que nadie reparó, y sirvió la copa á la Soberana de Castilla que la apuró de un sorbo: la Princesa de Navarra sentíase próxima á un mortal desmayo, y pidió tambien otra copa de agua clara creyendo que ningun engaño podia caber en el cristalino licor. Temblaba el page al alargársela, y al

punto que tocaron sus labios el borde de la copa, hinchósele la lengua, amortiguáronse sus ojos, é inclinando la cabeza sobre el respaldo de la silla, dió un grito penetrante.





## Capítulo Octavo.

### CONCLUSION.



SONARON al mismo tiempo los clarines y cornetas del ejército sitiador acompañados de infinitas aclamaciones al Soberano de Castilla, que llegaba en aquel punto al alcázar en compañía de su lin-

da hermana la Infanta doña Isabel. Consternáronse el Marques y doña Juana al verlos entrar en la galería; y Enrique y su hermana, abalanzándose á Blanca, la examinaron aterrados adivinando la causa del horroroso espectáculo que se presentaba á sus ojos.

=; Ay de mí! exclamó la Infanta rompiendo el tétrico silencio de aquella escena muda, y prorumpiendo en amargo llanto.

Enrique tomó la mano de la moribunda Princesa, que abrió suavemente los ojos para mirarle: la ponzoña obrando su efecto habia manchado el purísimo color de sus mejillas, y su hinchado rostro daba claras muestras de la vehemencia del veneno.

= Esposo, dijo con una voz apagada la desgraciada víctima: amado esposo, permite que por última vez te llame así. Mi corazón muere adorándote: nunca he conspirado contra tí, ni contra esa muger que tan cruel venganza ha tomado de una infeliz. Venganza... ¿Y por qué?

Volvió á inclinar la cabeza como fatigada de hablar y poseída de melancólicas ideas; y levantándola luego divisó á Isabel, hizo señal con la mano para que se acercára, y apretando entre las suyas la diestra de la Infanta rególa con abundante llanto.

= ¿Conoces ahora, le dijo, la verdad de la profecía de Aúsius Marc? Dulce amiga mia, esposo

de mi alma, ¡qué feliz espiraré rodeada de vosotros! Mi inocencia me dá fuerza para este temido trance: la inquietud no turba mi pecho, y ni un recuerdo criminal atormenta mi imaginacion. Acercadme á esa baranda: dejadme mirar por última vez á los Castellanos, á mis queridos hijos. Enrique, añadió sostenida por su esposo y su hermana, y mirando los vecinos montes coronados de guerreros, Blanca no te pide al morir sino una sola gracia: no olvides que puedes hacer felices á tantas familias; que todos tus vasallos son hijos tuyos, y que deber ser su padre y no su tirano, si deseas conseguir tú mismo la ventura.

Hizo entonces con el pañuelo ademán de saludar á los soldados, y volviéndose á sentar comenzó á temblar de un modo horroroso. El Rey lloraba desesperado arrojando miradas amenazadoras al Marques de los Valles, que permanecía de pie al extremo de la galería apoyado sobre una columna con los ojos bajos, el dedo en los labios y la cabeza sostenida en el brazo derecho. La Reina doña Juana habíase desmayado en una silla; y asistíanla dos de sus damas, mientras el page de la copa con los ojos ardientes, los cabellos erizados y el rostro pálido, se esforzaba por salir de la galería detenido por los centinelas que su Magestad habia mandado co-

locar. Parecía desesperado; y como si un secreto impulso le arras-trára , arrojóse á las plantas de Blanca y gritó.

=Perdonadme, Señora: perseguido por los remordimientos he avisado á vuestra Alteza en las cuevas vecinas; porque mi indigno Señor me ha puesto en la alternativa de morir ó ser asesino.

=Levántate, respondió la Princesa , y quítate de mi presencia. ¡Infeliz! añadió observando su terror. Tengo frio.... y al oír esta frase estremeciéronse cuantos había en la galería como si participáran también de la hórrida convulsion que precede á la muerte.

Corramos un velo sobre sus últimos momentos: Blanca de Na-

varra espiró pronunciando el nombre de su esposo, y perdonando á doña Juana y al Marques. No era posible reconocer sus facciones, ni creer que habia sido tan hermosa la que despues de muerta semejaba á un monstruo.

Siguiéronse á su muerte unos momentos de silencio, interrumpidos solamente por los gritos de Isabel que abrazaba el cádaver de su amiga, y hacia desesperados estremos. El Rey hubiera querido evitar la presencia de su esposa en otras circunstancias; pero el fin de Blanca habíale inspirado un sin igual arrojo, y acercándose á doña Juana le dijo.

= Nuestra union se ha roto:  
unas manos manchadas de sangre

me horrorizan , y he ofrecido á Castilla aun antes de este crimen separarme de tí. Vuelve á Portugal, ó te entrego á ese pueblo fiel á sus legítimos monarcas que va á precipitarse sobre este alcázar al momento que hiera sus oídos la fatal nueva.

=Partiré, replicó Juana, pero partiré con el placer de haber presenciado las agonías y horrorosas convulsiones de mi rival. Ó reinar sola, ó perecer: esa fue mi resolución, y la he cumplido.

Levantóse Juana de su asiento, y retiróse á un secreto gabinete para aguardar en él que se tranquilizasen los ánimos y partir á Lisboa. Á pesar de la calma que aparentaba la Reina, sen-

tia sin embargo todo el horror de su situacion y los remordimientos mas penetrantes. Habíase entregado al esceso de los celos arrastrada por las sutiles redes del pérfido Ministro, y acababa de probar cuán desgraciado es el que toma al crimen por norte. Al ver el fin trágico de su víctima, al percibir sus gemidos, al observar su valor, su resignacion y su generosidad, habia su espíritu padecido tanto como la moribunda Blanca. Si sus estravíos la habian acostumbrado á mirar con indiferencia los vicios, su corazon no se habia aun amalgamado con los delitos: todavía era difícil á sus ojos soportar sin lágrimas el espectáculo de la muerte agena, ó

hallar sus manos teñidas en sangre.

Su crimen costábale á mas un trono, y la ambicion era su elemento: bajo el dosel de Castilla habia disfrutado su alma las mas incógnitas delicias: el esplendor de su diadema, la pompa y magnificencia de la Córte, el valor y entusiasmo de los paladines, y el respeto y homenajes de las lindas damas, eran otros tantos atractivos cuyo precio aumentábase á sus ojos al perderlos. Su orgullo ajado con el desprecio de Enrique, con el odio de los castellanos y con el convencimiento de la degradacion propia, servíale de un castigo mas doloroso que la muerte, la cual hubiera puesto término á sus padecimientos.

Habíase por el contrario de tal suerte endurecido el pecho del Marques de los Valles, que los remordimientos le inmutaban muy poco, habiéndose embotado por la costumbre la sensibilidad de su alma. Permanecía como hemos dicho aguardando en cierto modo la suerte que le cabia, porque dar la espalda al Rey y seguir á doña Juana, equivalia en su concepto á renunciar á las esperanzas que todavía alimentaba, y su ambicion no conocia freno ni peligros.

= Marques, le dijo Enrique, ponte en lugar mio, y dí, ¿qué harias con un ministro que te hubiera conducido al trance en que me veo?

= Seguiria concediéndole mi confianza , respondió el palaciego con insultante descaro: yo he obedecido solo las órdenes que la Reina me ha dado, emanadas de los labios de vuestra Magestad. Y aun suponiendo que por mí y sin el consentimiento de mi Monarca me hubiera arrojado á dar la muerte al resorte de las conspiraciones de Castilla, era acreedor á la gratitud, no al odio de vuestra Magestad.

= Aleve , gritó el Rey, ¿ osas aun hablarme así?

= ¿ Y por qué no? contestó don Juan Pacheco. Porque esas oleadas de la inconstante plebe os hayan puesto pavor, ¿ hanme de aterrar tambien á mí? Al pueblo no

se le debe temer, sino por el contrario despreciarle.

= ¡Bárbaro, dijo suspirando Enrique! ¡O esposa mia, ó Blanca de mi corazon! ¿Cómo conocias tú á este monstruo cuando me lo pintabas como un tigre devorador que destroza los ganados, únicamente por el placer que encuentra en despedazar! Si aplicase á tus crímenes las máximas que sigues; ¿qué seria de tí, miserable? Pero no: te despojo de todos tus cargos, de todos tus bienes, y te destierro de Castilla: huye de mi presencia; y si te atreves á pronunciar una sola palabra, júrote que he de entregarte en manos del verdugo.

El Marques de los Valles miró

con ojos airados al Rey y salió con precipitación de la galería, revolviendo aun en su mente algun plan inicuo que pusiera colmo á sus delitos. Pero retrocedió súbito al aspecto de una multitud de guerreros que discurría por aquellos salones con ánimo de derramar la sangre de los asesinos de la Princesa de Navarra. Adelantóse la Infanta doña Isabel al verlos, y colocándose delante del Marques les dijo.

= Castellanos, mi augusto hermano os ha cumplido todas las condiciones del nuevo tratado, y vosotros no debeis faltar á ellas. ¿Teñireis vuestras manos con una sangre despreciable, que á las leyes toca castigar en caso necesá-

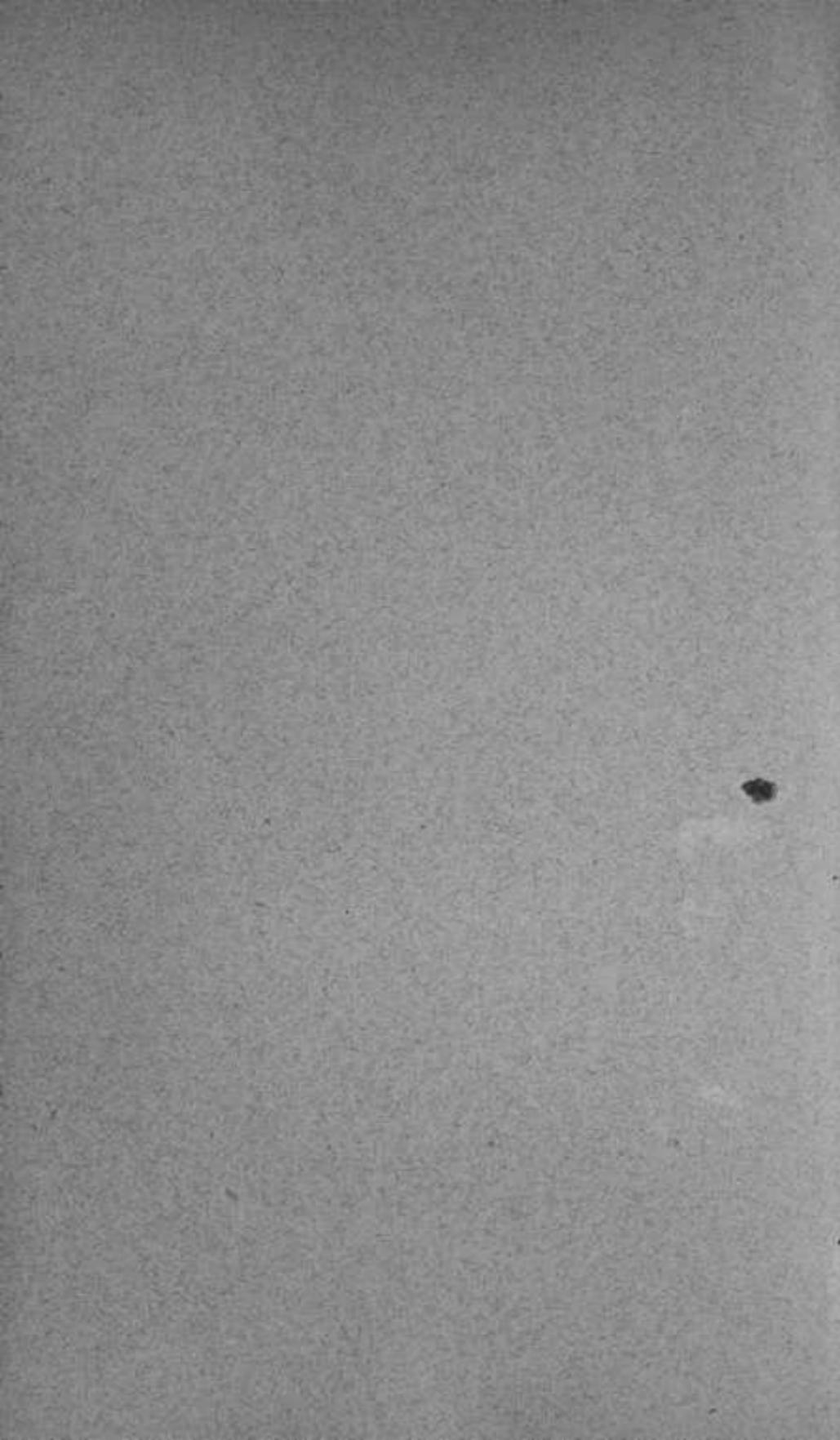
rio? Vuestro Monarca ha impues-  
to ya á los delincuentes las penas  
que mas sensibles les serán: re-  
gresad con nosotros á Cuenca, y  
resplandezca ya la union entre to-  
dos los Castellanos.

Obedecieron los guerreros, y  
partiendo Enrique é Isabel, tras-  
ladaron, seguidos de todo el ejér-  
cito, el cádaver de la Princesa de  
Navarra á Palacio. Enrique de-  
positó las riendas del gobierno en  
manos del Arzobispo de Toledo;  
pero sobrevivió pocos años á esta  
catástrofe, señalando por su here-  
dera á doña Isabel, y dando prin-  
cipio al reinado de los Reyes Ca-  
tólicos.

Doña Juana y el Marques de  
los Valles murieron lejos de Cas-

tilla, devorados por los remordimientos y sin poder nunca hallar la tranquilidad que gozan los pechos virtuosos. El page que suministró la copa á la desgraciada Princesa pereció á manos del verdugo con muestras de sincero arrepentimiento, y protestando siempre que le habian obligado. ¿Quién en vista del cuadro que acabamos de trazar dirá que hay felicidad sin virtud, cualquiera que sea la condicion del hombre?













COBCA VAYO

—

JUANA

Y

ENRIQUE

G 38410